

JORGE COLONNA



LOS CRÍMENES DE CASTELAR

TERCERA PARTE

INDICE

- CAPÍTULO (I): PISTOLERO CHINO**
- CAPÍTULO (II): EL JUSTICIERO**
- CAPÍTULO (III): INVESTIGACIÓN POLICIAL**
- CAPÍTULO (IV): MAGIAR SALTEÑO**
- CAPÍTULO (V): PARAISO PERDIDO**
- CAPÍTULO (VI): DEBATE EN CASTELAR**
- CAPÍTULO (VII): CLUB PHILIDOR**
- CAPÍTULO (VIII): PRONTUARIOS**
- CAPÍTULO (IX): TIROTEO EN LELOIR**
- CAPÍTULO (X): COMICS**
- CAPÍTULO (XI): LA COMISARIO**
- CAPÍTULO (XII): LA REVANCHA**
- CAPÍTULO (XIII): ESPIRAL DE VIOLENCIA**
- CAPÍTULO (XIV): SIN SALIDA**
- CAPÍTULO (XV) : ¿ACCIDENTE O ATENTADO?**
- CAPÍTULO (XVI): CASTELAR DIGITAL**
- CAPÍTULO (XVII): MALDITO AJEDREZ**
- CAPÍTULO (XVIII): NUEVA PISTA**
- CAPÍTULO (XIX): MILONGA EN TARZÁN**
- CAPÍTULO (XX): CÁMARA DE SEGURIDAD**
- CAPÍTULO (XXI): ESTACIÓN CASTELAR**
- CAPÍTULO (XXII): CACERÍA HUMANA**
- CAPÍTULO (XXIII): FINAL**

LOS CRÍMENES DE CASTELAR” (TERCERA PARTE, JC- 2015)

CAPÍTULO (I): PISTOLERO CHINO

Yan Hui Lee, había nacido en Fujian, la provincia de la que provienen la mayoría de los inmigrantes chinos arribados a Argentina. Ahora, en aquella región sólo quedan niños y viejos. El resto –como Yan- emigró al exterior, escapando de las abismales desigualdades sociales existentes en esa superpoblada potencia de cultura milenaria.

Una vez llegado a Sudamérica, Yan ingresó ilegalmente a la Argentina, por la triple frontera. Ahí lo esperaba un miembro de “Fu Chin”, uno de los siete grupos mafiosos chinos que operan actualmente en nuestro país. Este contacto le ofició de traductor para el primer y fundamental trámite: denunciar la pérdida de un pasaporte que nunca existió. El paso siguiente fue concurrir al consulado chino, presentar la denuncia falsa y obtener un pasaporte nuevo.

Luego de blanquear su ingreso y obtener documentación, Yan Hui Lee ya podía comenzar a trabajar. Pero, a diferencia de sus compatriotas confinados en talleres textiles, cocinas de exóticos restaurantes o –en el mejor de los casos- reponiendo góndolas de supermercados, a él le asignaron una tarea muy bien remunerada: cobrador.

En realidad, el trabajo no era el de un cobrador común y corriente, sino que tenía ciertas particularidades que lo convertían en un quehacer peligroso.

Todo comenzaba con una carta -escrita en el dialecto de la región de Fujian- y destinada al dueño de un supermercado chino. En este mensaje se le exigían 50.000 dólares para evitar que le ocurriera “algo malo”. Si el destinatario no respondía, a la semana siguiente se le enviaba una segunda misiva, acompañada por un bidón con nafta. La mayoría de los comerciantes accedía a la extorsión. De lo contrario, el trabajo del cobrador implicaba incendiar el comercio o balear a alguno de los empleados o al custodio, en caso de que hubieran contratado uno. Como Yan Hui Lee se tomaba muy en serio su trabajo, más temprano que tarde, todos terminaban contratando la protección. En trato quedaba sellado con la sencilla ceremonia de pegar -en la vidriera del supermercado- una lámina con el logo del león chino, que certificaba que “habían colaborado con la organización”.

Pero la vida tiene sorpresas. Primero, un comerciante chino no sólo rechazó la protección sino que denunció a quienes lo extorsionaban. Entonces, Yan Hui Lee tuvo que hacer el trabajo sucio. Junto a un compañero que manejaba la moto, sorprendieron a la víctima en plena noche. Lo hicieron arrodillar y –con su Glock 9mm- Yan lo ejecutó con tres tiros en la nuca. Esa noche, el joven inmigrante ilegal, se convirtió en asesino a sueldo.

No mucho tiempo después, un sicario rosarino se atrevió a atacar a un supermercado protegido por la mafia. Para colmos, en ese atentado murió un hijo del jefe local de “Fu Chin”. Inmediatamente, se dispuso que dos pistoleros chinos se “encargaran” del atacante, a quien identificaron como Juan Gaffi, más conocido como “Juany”. Perseguidores y perseguido se encontraron en el barrio de Liniers, y se enfrentaron a balazos en medio de la abarrotada “Little Bolivia”. Al comenzar el tiroteo, la gente se desbandó, desparramando sartenes con fritangas y ollas con exóticas sopas hirvientes. La confrontación fue “cara a cara” y los tres eran buenos tiradores.

Dos murieron y el tercero quedó agonizando.

Cuando el jefe chino se enteró de que sus dos pistoleros habían sido abatidos por “Juany”, le ordenó a Yan Hui Lee, que fuera al hospital y lo rematara. Zigzagueando entre autos, colectivos y camiones, con su moto exigida al máximo, el chino llegó al Santojanni y entró a la guardia. Pero el sicario ya no estaba ahí, sino que había sido trasladado a la sala de operaciones. Entonces, con su Glock en la mano, Yan ingresó al quirófano y le apuntó al paciente que estaban operando, pero –cuando ya estaba por disparar- descubrió que se trataba de una mujer dando a luz, por cesárea. Furioso, salió al pasillo para continuar su búsqueda. En ese instante, un guardia de seguridad privada corría hacia él. Sin dudar, Yan lo baleó en el pecho. El estruendo de los disparos retumbó en ese hospital ya habituado a los tiroteos. El desbande fue general y el chino comprendió que debía abortar su fallida misión. Salió corriendo hacia el estacionamiento, pero –mientras encendía su moto- un patrullero lo atropelló. Al recuperar el conocimiento estaba tirado en el piso, boca abajo, con las manos esposadas a la espalda. Luego de que un médico comprobara que no tenía lesiones graves, la policía se lo llevó detenido.

Primero con desilusión, y luego aceptando las reglas del juego, Yan Hui Lee vio pasar los días en la cárcel sin que su jefe le enviara un abogado. Finalmente, un Juez le designó un defensor de oficio y fijó fecha para la audiencia.

Una mañana desapacible, sin viento pero con una pertinaz llovizna, el patrullero se detuvo frente a los tribunales de Morón y los policías hicieron descender al detenido. En ese mismo instante un balazo le destruyó la cabeza a Yan Hui Lee.

Rápidamente, la impactante noticia acaparó los medios de comunicación. Si bien la frase más reiterada era “ajuste de cuentas”, había discrepancias con respecto a la autoría del crimen. Mientras unos lo atribuían a una banda rival, otros consideraban que sus propios jefes lo habían “silenciado” antes de que declarara en la justicia. Lo cierto era que -en aquel momento- nadie pensó en un vengador anónimo.

Esa misma tarde, un extraño mensaje –con pedido de publicación- llegó a “*Castelar Digital*”:

“¡Basta de asesinos chinos! Yan Hui Lee merecía la muerte. El Justiciero”.

CAPÍTULO (II): EL JUSTICIERO

La comisario Anahí Aberanda –jefa de la Policía Científica del Departamento Judicial de Morón- sabía que el “talón de Aquiles” de su investigación consistía en llegar a la escena del crimen antes de que se contaminara por la presencia de mirones, periodistas o de sus propios colegas de la bonaerense. Por eso apuraba al agente que conducía el patrullero. Sin embargo, la urgencia no le impidió dar un nostálgico vistazo a la demolición del estadio de su querido “Deportivo Morón”. – El “gallo” se fue a cantar a otra parte –pensó.

Al arribar al escenario del asesinato los recibió una lluvia pertinaz. Pese a la inclemencia del tiempo, un grupo de curiosos se amontonaba alrededor de aquel cadáver cubierto por un plástico negro, porque un falso rumor afirmaba que se trataba de otro fiscal. De inmediato, mientras sus colaboradores documentaban la escena

mediante fotografías y croquis, Anahí comenzó a recolectar y preservar evidencias físicas y otros elementos de interés que –una vez analizados e interpretados- podrían permitir la reconstrucción de los hechos y la comprensión de lo sucedido.

La víctima tenía un disparo en la frente y -según los policías que lo estaban trasladando en el momento del atentado- nadie escuchó el disparo, ni detectó movimientos sospechosos. La primera conclusión preliminar era que le habrían disparado de lejos, muy probablemente desde los techos de los propios Tribunales de Morón que ocupaban toda la cuadra.

Luego de un par de horas bajo la lluvia, empapada de pies a cabeza, Aberanda se dio por satisfecha y –mientras sus colaboradores llevaban el material al laboratorio- se dirigió en taxi hasta su casa para cambiarse la ropa y el calzado, darse una ducha caliente y disfrutar de un buen café.

De regreso en su despacho, la comisario le ordenó a su asistente que no le pasara llamadas de periodistas que buscaran información sobre lo que ya habían bautizado como “ajuste de cuentas”. En realidad, eso era lo que surgía a primera vista. Yan Hui Lee, un confeso asesino a sueldo había muerto por un misterioso balazo. Repasando los crímenes cometidos por este pistolero, Anahí fue tomando nota de los potenciales ejecutores de esa venganza: otra mafia china, sus propios patrones –por miedo a que los denunciara- o policías ex compañeros del custodio muerto en el Hospital Santojanni. De las tres, la que más le preocupaba era la tercera posibilidad. Especialmente porque el disparo parecía haber salido desde el edificio de Tribunales, un lugar repleto de policías.

Ya anochece, cuando Aberanda recibió un mail de Gabriel Colonna, el editor de “Castelar Digital”. La relación entre ellos había tenido un mal comienzo: ella lo detuvo por error, siguiendo una pista falsa. Pero luego, la situación se recompuso y él colaboró en el esclarecimiento de “los crímenes de Castelar”. En su mail, Gabriel informaba que –de no haber inconvenientes- iba a publicar el mensaje del Justiciero que se arrogaba la autoría del asesinato de Yan Hui Lee.

Shockeada, Anahí llamó a Rossini –su asistente- y le ordenó que la comunicara de inmediato con Colonna. Lo primero que había pasado por la cabeza de la comisario era el recuerdo de la intromisión del periodista Jorge Osvaldo Domecq en la pasada investigación de los asesinatos satánicos.

- Hola Gabriel, habla Anahí.
- ¿Cómo estás? ¿Con otro caso pesado?
- Así parece. Necesito que demores 48 horas la publicación de ese mensaje y nos permitas revisar tu computadora.
- Ok, pero reservame la primicia.
- De acuerdo.
- ¿Y no tenés algún datito para este colaborador?
- El tiro vino de lejos.
- ¿Un francotirador?
- Esa afirmación corre por tu cuenta. Chau.
- Chau.

Con olfato periodístico, Gabriel subió la siguiente noticia a “Castelar Digital”: *“Según fuentes generalmente bien informadas el asesinato de un detenido frente a los Tribunales de Morón habría sido cometido por un francotirador. La sola mención de esta palabra nos hace pensar en un magnicidio. Pero en este caso, un tirador de elite no disparó contra Kennedy ni contra Luther King sino que mató a un*

inmigrante chino. Entonces, las inevitables preguntas son. ¿Quién era Yan Hui Lee? ¿Qué había hecho o qué sabía, para justificar la puesta en marcha de esta sofisticada ejecución?”

A la mañana siguiente, sin orden judicial -pero invocando el nombre de su jefa- el suboficial Rossini se presentó en “Castelar Digital”, acompañado por un técnico informático que copió el disco rígido de la computadora que había recibido el mensaje del Justiciero. En cuanto la copia estuvo lista, se retiraron sin incautar nada.

Cuando Rossini y el técnico regresaron a la sede policial, se presentaron frente a Aberanda y le informaron que el mail firmado por el Justiciero provenía de un dominio trucho, creado con uno de esos soft que los hacen imposibles de rastrear. Además, el mensaje había sido enviado desde el cyber de Mc Donalds ubicado frente al Obelisco. En otras palabras, regresaron con las manos vacías.

Pasadas las 48 horas, y sin recibir ninguna contraorden de la comisario, Gabriel subió a su web el mail del Justiciero, encabezándolo con un polémico título: “MENSAJE DE UN CRIMINAL”: *“¡Basta de asesinos chinos! Yan Hui Lee merecía la muerte. El Justiciero”*.

A partir de ese momento, aquella redacción casi pueblerina fue saturada por llamadas telefónicas, mails y mensajes de texto, enviados por distintos medios de comunicación, especialmente los sensacionalistas. Todos querían confirmar la noticia y ampliarla con los detalles pertinentes. Sin embargo, fue *Clarín Zonal*, el que les ganó de mano a sus colegas. Jennifer - una de sus reporteras- tocó el timbre de la oficina de la calle San Pedro, pidiendo entrevistar a Colonna. Vislumbrando el efecto publicitario sobre sus emprendimientos, el editor la hizo pasar, dispuesto a responder las consultas de rigor. Concretamente, Gabriel esperaba hablar sobre justicia por mano propia, pero la bella cronista lo sorprendió con la siguiente pregunta:

- ¿Por qué los asesinos eligen denunciar sus crímenes en “Castelar Digital”?

CAPÍTULO (III): INVESTIGACIÓN POLICIAL

La reunión de la comisario Aberanda con su equipo fue breve pero intensa. Primero, les ordenó dar absoluta prioridad al asesinato de Yan Hui Lee. Luego, les recordó que su función era investigar y descubrir quién lo hizo, cómo y por qué. Pero además, debían perseguir y atrapar a ese asesino, sin importar si se trataba de un sicario, un justiciero o un policía.

- Para nosotros no hay asesinos buenos. La justicia por mano propia es un crimen, a pesar de las estúpidas justificaciones que se están publicando –enfaticó ella.

Finalmente, les exigió un análisis minucioso de las evidencias obtenidas hasta el momento, intentando perforar la superficie, en busca de algo que no hubieran detectado a primera vista. La punta del ovillo consistía en descubrir el lugar desde donde disparó el atacante. A primera vista, todo parecía indicar que el disparo provino de alguno de los pisos altos del edificio de Tribunales. Pero había rifles con mira telescópica cuyo alcance superaba los 1500 metros, aunque -para acertarle en la cabeza al chino- hubiera sido necesaria la intervención de un muy experimentado

francotirador. Por lo tanto, ella consideraba que lo más probable era que el disparo se hubiera efectuado a una distancia inferior a los 200 metros. En consecuencia, el primer paso era ubicarse en el punto exacto donde la bala impactó en la víctima e identificar cada uno de los edificios desde donde hubiera sido posible dispararle. Luego, había que ordenarlos en un listado, comenzando por Tribunales, que era el más cercano y frontal. A continuación, debían prestar atención a las estructuras en construcción o – mejor aún- abandonadas. Por último, debían evaluar “in situ” cada uno de esos lugares y entrevistar a posibles testigos, en busca de pistas. En cuanto tuvieran algo relevante para informar, debían comunicárselo de inmediato. No obstante, si se confirmaba la presunción de que el asesino disparó desde el edificio judicial, ella se ocuparía personalmente de esa delicada gestión.

Ya sola en su despacho, Anahí ingresó a su pc y abrió una carpeta borrador para este nuevo caso.

→ Víctima: Yan Hui Lee. Inmigrante chino. Acusado de varios asesinatos. Posible miembro de la mafia “Fu Chin”.

→ Lugar del hecho: Frente a los Tribunales de Morón.

→ Detalles: Disparo desde larga distancia. Tipo de bala aún no confirmada. Reclamar a Balística.

→ Prioridad: determinar el origen del disparo.

→ Testigos: preparar la lista, con teléfono de contacto.

→ Móvil del crimen: Posible ajuste de cuentas/ venganza.

→ Sospechosos: (I) mafias enfrentadas a “Fu Chin”. (II) la propia “Fu Chin”, para silenciarlo antes de declarar en Tribunales. (III) Un tercero –civil o policía- que quiso vengar alguna víctima de Yan Hui Lee.

Aberanda permaneció largo rato mirando el escueto e incompleto borrador. Su experiencia le indicaba no menospreciar el valor de aquello que intuía aunque todavía no pudiera materializarlo en palabras. La actuación de un francotirador solía estar vinculada a magnicidios, pero Yan Hui Lee no era un personaje importante, sino un simple sicario al que podían haber eliminado en la cárcel, sin necesidad de esta ostentosa ejecución. Si bien sus ayudantes descreían del mensaje del Justiciero, y lo consideraban una maniobra mafiosa para instalar una pista falsa, la intuición de Ahaní no descartaba la posibilidad de un vengador solitario, vinculado a las víctimas del pistolero chino: alguien con entrenamiento y armamento militar.

La comisario se levantó, estiró la espalda y se paró junto a la ventana. Ya había anochecido y seguía lloviendo. Al cansancio se sumó la melancolía. Extrañaba a sus hijos, arrebatados por aquel misógino Juez que le había quitado la tenencia. “Su señoría” había visto con malos ojos a esta madre que trabajaba de policía, sin horarios ni feriados. Era mejor “no desarraigat a los chicos de la casa paterna”, donde su “ex” veía pasar la vida detrás del mostrador de un kiosko de mala muerte. Para borrar aquella dolorosa imagen recurrió a algo gratificante: el recuerdo del último fin de semana compartido con sus hijos, en el Shopping Oeste, comiendo “la cajita feliz”, luego de divertirse con “Bob Esponja”.

Habitualmente, ella disfrutaba el proceso de la investigación -esa actividad intelectual que implicaba entretener ideas hasta desentrañar un crimen, pero –en aquel momento- al no poder concentrarse en su trabajo, de nada servía su capacidad de análisis y deducción. Por eso, decidió irse a casa. Allí la esperaba la misma soledad de todos los días. Anahí permaneció largo rato bajo la ducha, luego

sacó unas pizzetas del freezer y las calentó. Mientras comía y tomaba cerveza del pico del porrón, intentó romper el incómodo silencio poniendo chamamés de su querida Corrientes natal. De sobremesa, comenzó a releer los datos del caso pero –pronto- desistió. Entonces, decidió pintarse las uñas de los pies. ¿Para qué? ¿Para quién? , se preguntó desanimada, e interrumpió la “pedicure”. Se acostó. La lluvia continuaba con su triste repiqueteo. Sin poder dormirse, empezó a mascullar:

Vivimos tiempos violentos -pensó.- Día a día nos enfrentamos a más intolerancia, locura y horror. Cualquier entredicho se resuelve a los tiros y hasta los delincuentes comunes tienen armas de guerra. El FAL, que se usaba para robos a bancos, blindados o piratería del asfalto, hoy aparece hasta en las entraderas a casas particulares. Los narcos tienen ejércitos equipados con FAL, AK 47, Uzi y hasta fusiles de largo alcance M14, M16 y calibre 7.62. Cada día hay más muertos a balazos y la mayoría son ajenos a los tiroteos. La bala perdida es cosa de todos los días. El conurbano es nuestra gran favela. Hay mafias, sicarios y mercenarios con estructura militar. Perdimos el control de la calle. Los policías somos forros pinchados -concluyó.

Cuando por fin se durmió, Aberanda tuvo una pesadilla: estaba en la mira de un francotirador.

CAPÍTULO (IV): MAGIAR SALTEÑO

Károly Tákács había nacido en la ciudad de Budapest, en 1910. Su vida estuvo signada por las armas y el ejército. A los veintiocho años de edad, durante un entrenamiento militar, le explotó una granada. Fue trasladado al hospital donde –para salvarle la vida- le tuvieron que amputar su mano más hábil, la derecha. Tras un largo período de convalecencia, decidió aprender a tirar con su otra mano. Su objetivo era poder competir en el Primer Campeonato del Mundo de Tiro Deportivo que se celebraría un año después. Tal fue su empeño, que no sólo logró integrar el equipo húngaro sino que ganó la medalla de oro. Su siguiente objetivo eran los Juegos Olímpicos de 1940, pero estos -y los programados para 1944- fueron suspendidos a causa de la Segunda Guerra Mundial. En 1945 la contienda bélica concluyó y se acordó reanudar las olimpiadas en 1948, en Londres. Para esa fecha, Károly Tákács, tenía 38 años, edad en la que muchos atletas ya se han retirado. Pero, si aprender a tirar con la mano izquierda no había sido obstáculo para él, la edad tampoco debería serlo. Así fue que se convirtió en campeón olímpico en la modalidad de pistola.

Cuatro años después, en Helsinki, ya devenido en ídolo del pueblo magiar, a los 42 años, Károly ganó los Juegos Olímpicos por segunda vez consecutiva.

Poco antes, había nacido su hijo László, quien -a diferencia de su padre- le temía a las armas y amaba el ajedrez. Tal fue así, que a los 8 años de edad logró la proeza de conquistar el torneo húngaro de ajedrez para menores de 11 años. Lamentablemente, el futuro de este niño prodigio se vio condicionado por la política internacional.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, el Ejército Rojo había ocupado Hungría, y el país cayó en la órbita soviética. Una década después, en 1956, en Budapest, los estudiantes organizaron una protesta, demandando el final de la ocupación. La policía los reprimió y detuvo a varios. Cuando los

manifestantes intentaron liberar a sus compañeros, intervinieron los militares rusos y dispararon contra la muchedumbre que los insultaba. Los enfrentamientos continuaron hasta que los tanques abrieron fuego sobre la multitud. Hubo numerosos muertos. Entre otros - Károly Tákács- el héroe olímpico.

Escapando de la persecución soviética, la esposa y el hijo de Károly emigraron a la Argentina, más precisamente a Salta. Allí, la mujer ingresó como cocinera en una aislada finca tabacalera, ubicada en un fértil valle rodeado por sierras y montañas. Dadas las precarias condiciones de vida, lejos de cualquier pueblo, László Tákács no tuvo acceso a una educación formal y se entretenía jugando al ajedrez contra sí mismo. Siendo aún adolescente, comenzó a convivir con una muchacha criolla. Pese a sus limitaciones, la pareja supo integrar la cultura criolla de ella y la húngara de él. Respetaban las celebraciones religiosas y también los ritos paganos. Desde el carnaval y la fiesta de la Pachamama, hasta el desfile gaucho en honor de la Virgen del Milagro. Al tiempo de estar juntos, tuvieron un hijo al que bautizaron Akos Pampa.

Años después, llegó a la finca un nuevo administrador, quien -al descubrir las habilidades de László- lo transformó en profesor de ajedrez de sus hijos. Con esta actividad, mejoró el status laboral de la familia Tákács y el pequeño Akos pudo compartir las clases en las que una maestra particular le enseñaba a leer y escribir a los hijos del administrador.

Pese a la desigualdad social, Akos se hizo muy amigo de Patricio García Patrón –el único hijo varón del administrador- con quien compartía travesuras, cabalgatas y reñidas partidas de ajedrez. El hijo del administrador también tenía otro hobby, en el que permitía participar a su amigo: el tiro al blanco con carabina. Entonces, Akos Tákács, no solo tuvo oportunidad de contar con orgullo la historia de su abuelo -múltiple campeón de tiro -sino también demostrar que él había heredado algo de su habilidad con las armas. De esta forma, Patricio y Akos lograron destacarse en los torneos juveniles salteños, tanto en ajedrez como en tiro al blanco. Al mismo tiempo, los jóvenes amigos cursaron juntos la secundaria e ingresaron a la educación superior. Patricio –fanático de los comics- eligió las Artes Visuales y Akos optó por la Informática.

Cuando obtuvo su título universitario de técnico en electrónica Akos decidió radicarse en Rosario de Lerma para dedicarse a la reparación de computadoras. Dados sus estudios, meticulosidad e iniciativa, logró transformar esta actividad en un emprendimiento rentable y sostenible que merecía acceder a un mercado mayor. Fue entonces que emigró a Buenos Aires.

Ya en Castelar, alquiló una propiedad en la calle Arias, cerca de Santa Rosa, que incluía un local en la planta baja y un pequeño departamento en el primer piso. Integrarse no fue fácil, pero los clientes le fueron dando datos. Entre muchas otras cosas, le informaron que en Morón, en el “Club Philidor”, podría continuar jugando al ajedrez. Y en Palomar, se podía practicar tiro al blanco en la “Sociedad Italiana de Tiro al Seguro”. Pero, para alguien proveniente de un pueblo del interior, lo más gratificante fue descubrir el circuito de movida joven que pasaba por “Lo de Buda”, “La Cucha”, “El Balcón” y “Tarzán”. Justamente, en este último reducto escuchó por primera vez a “Ella es tan cargosa”, el grupo de Castelar que compartió escenario con Ringo Starr. A partir de ese momento, se transformó en fan de esta banda de léxico y

sonido Beatle.

Pero, a pesar de su apariencia bucólica, Castelar era uno de los tantos lugares inseguros del conurbano y el nuevo local de computación no fue una excepción a la regla. Un muchachote estacionó su moto en la vereda del comercio, ingresó sin sacarse el casco y le apuntó a Akos. Sin resistencia, se llevó la recaudación, ipads y tablets. Cuando el comerciante hizo la denuncia policial exigida por la aseguradora, le enrostraron su negligencia por no haber contratado seguridad privada. Luego de este bautismo de fuego, el joven provinciano comprendió que aquí no podría vivir como en Rosario de Lerma. Entonces, instaló un sofisticado sistema de alarma con un botón de pánico conectado a un servicio de custodia. Además, le explicaron algo que no logró entender bien: para desalentar a los delincuentes, debía pegar en la vidriera del local un inmenso logo de la empresa proveedora de ese costoso servicio de seguridad.

El negocio de Akos funcionaba razonablemente bien. Pero los principales ingresos no provenían de la venta de artículos informáticos sino de los servicios de reparación e instalación de equipos. En cierta oportunidad, fue contratado para instalar una red de cajas registradoras y computadoras en un supermercado. El salteño llegó y comenzó a hacer su trabajo, desconociendo que el dueño del local estaba amenazado por no haber aceptado la protección de la mafia china. De pronto, sonó un disparo y el cristal de la vidriera explotó hecho astillas. Luego de rebotar en una pared, el proyectil impactó en la rodilla de Akos.

La rehabilitación fue lenta, dolorosa y fallida. El joven ya nunca volvería a caminar con normalidad. Había quedado lisiado de por vida.

CAPÍTULO (V): PARAÍSO PERDIDO

Domecq, Bustos y Caron hicieron noche en El Bolsón y –casi al amanecer- siguieron hacia el sur por la Ruta 40 hasta Epuypén. Luego avanzaron unos treinta kilómetros por un camino de ripio, atravesaron un pequeño pueblo perdido en el tiempo y –finalmente- por una polvorienta huella arribaron al lago Cholila. Para el escritor y el ex policía, que no conocían el lugar, fue como descubrir el paraíso. Un paisaje soñado, con un lago cristalino rodeado de montañas cubiertas por un bosque exuberante, salvajemente intacto. Pero aún no habían llegado a destino. Caron se descalzó y se metió en las heladas aguas del Pedregoso para comprobar la profundidad. Acto seguido, subió a la 4x4 y vadeó el río. El último tramo lo recorrió por la playa de canto rodado, hasta encontrar una tranquera desvencijada.

- Es acá -dijo la dueña de casa.

La propiedad comenzaba en la costa del lago y se extendía varios centenares de metros entre añosos coihues. La única construcción era una rústica cabaña de troncos, con techo deteriorado, construida para albergar a los pescadores que, desde todo el mundo, llegaban a probar suerte en ese maravilloso espejo de agua.

Bustos y Domecq intercambiaron una mirada de desaliento que, al

ser advertida por Caron provocaron su reacción.

- ¿Qué les pasa? ¿Esperaban un hotel cinco estrellas? ¿Acaso, ya se olvidaron de que somos tres “homeless” que salvaron la vida por milagro? Acá no nos va a molestar nadie, pero vamos a tener que trabajar duro. Estamos en pleno verano y antes de que llegue el frío esta cabaña volverá a ser confortable.

- Palabra de galesa –bromeó Bustos, para distender la situación.

Aquella primera noche comieron las sobras del viaje y -frente a una gran fogata que encendieron en la playa- durmieron envueltos en mantas, bajo un cielo maravilloso, tachonado de estrellas.

A la mañana siguiente, mientras los dos hombres limpiaban y ventilaban la cabaña, Caron salió en la camioneta a hacer compras en el lejano pueblo. Además de los víveres debía conseguir chapas acanaladas, tirantes de madera y clavos para reparar el techo, más algunos vidrios para las ventanas rotas. Por suerte, en la cabaña había muebles, colchones y almohadas, ropa de cama, vajilla, utensilios de cocina y algunas herramientas. También encontraron varias cañas de pescar.

- Lástima que no tengamos un bote –dijo Bustos.

- Tampoco tenemos señal de celular, ni internet, ni tele, ni radio – se quejó Domecq.

- Está la radio de la camioneta, pero hay que cuidar la batería.

Cuando regresó, Caron descubrió con satisfacción que sus amigos habían hecho una buena limpieza interior. Mientras ella guardaba los alimentos en la heladera, los hombres bajaron los materiales y comenzaron a arreglar el techo. Como el sol del mediodía patagónico era demasiado fuerte, ellos se protegieron con unos viejos sombreros de ala ancha que encontraron en la cabaña. A primera vista, los porteños parecían una versión madura de la “familia Ingalls”.

Para esa noche ya disponían de dos habitaciones aceptables. Una con cama matrimonial, para Caron. Otra con dos camas individuales para los hombres. Cansado por la inusual actividad física de aquella jornada, Domecq fue el primero en acostarse. Aún no había amanecido cuando fue despertado por unos fuertes golpes en la puerta de entrada. Mientras se vestía, vio a Bustos que –en calzoncillos y torso desnudo- salía de la habitación de Caron y, empuñando el revólver, se dirigía a la puerta. Tras mirar por una ventana lateral y descubrir un caballo empapado en sudor y un chico con cara de desesperación, escondió el arma y abrió.

- ¡Se quema el Bosque! –exclamó el muchacho.- ¡Llamen a los bomberos!

- No nos funcionan los celulares –respondió el ex policía.

- Hay que ir hasta la hostería que tiene equipo de radio –dijo la dueña de casa, mientras se acercaba apenas cubierta por un baby doll.

- ¡Yo voy! Deme las llaves de la camioneta- dijo Domecq que era el único que estaba vestido.

Hasta ese momento, aún era posible evitar la peor catástrofe forestal de la historia patagónica. Todo dependía de la reacción burocrática.

Al recibir la llamada de Domecq, el funcionario de turno le

agradeció y le informó que ya estaban enterados del siniestro gracias a una alerta temprana. De regreso a la cabaña, debido al cambio en la dirección del viento, el escritor pudo distinguir la delgada capa de humo negro que ya empezaba a cubrir el lago.

Mientras esperaban la llegada de los brigadistas o -mejor aún- de los aviones hidrantes, los tres amigos comenzaron a juntar las peligrosas ramas secas que rodeaban la cabaña y las fueron tirando al lago. La noche llegó sin que la reacción de las autoridades se hubiera manifestado.

Los dos días siguientes fueron un calco del primero, aunque con más humo y muchísimo miedo. Angustiados e impotentes, los amigos no podían creer lo que estaba pasando. Miles de hectáreas de un bosque de ñires, lengas, coihúes y centenarios alerces –refugio de pumas y huemules- estaban siendo consumidas por el fuego sin que nadie las combatiera. Caron, la más optimista, opinaba que los brigadistas ya habrían atacado el incendio desde otro punto más ventajoso. En cambio, los hombres esperaban ver para creer.

Recién al tercer día, cuando el fuego ya avanzaba mil metros por hora, llegó la brigada de Defensa Civil. La persona a cargo les explicó que mientras el humo permaneciera encajonado en los valles no sería posible el trabajo de los aviones hidrantes. La única forma de combatirlo era haciendo cortafuegos y picadas por donde pudieran avanzar las máquinas viales que estaban en camino, trayendo bombas de agua y mangueras. Pero era una lucha despareja, porque con tanta sequía todo el bosque ardía con facilidad. Lo único realmente efectivo sería una larga y abundante lluvia, que –lamentablemente- no estaba pronosticada. De pronto sonó el “handy” del encargado de la brigada. La orden era tan enérgica como desesperante. El viento había cambiado y las llamas avanzaban hacia la costa. Debían abandonar la zona de la cabaña y retroceder hasta el río Pedregoso. La orden de retirada incluía a los pobladores y debía cumplirse de inmediato.

Con el corazón destrozado, Caron cargó unos pocos recuerdos en su camioneta y abandonó la cabaña. Mientras se alejaban, al subir una colina, los tres amigos miraron hacia atrás y descubrieron el infierno dantesco que había reemplazado al paraíso perdido.

CAPÍTULO (VI): DEBATE EN CASTELAR

Escapando del peor desastre ambiental sufrido por la Patagonia, los tres amigos abandonaron Cholila. Mientras Caron convencía a Bustos de acompañarla a Trevelin, su terruño galés, Domecq decidió no seguirlos. Desde que sus amigos habían formado pareja, él se sentía un molesto tercero en discordia. Por lo tanto, regresó a Castelar, donde alquiló un pequeño dúplex, sin cloacas ni agua corriente, apenas amueblado, en Italia y Larralde.

La primera noche en su nuevo domicilio, Domecq soñó con sus libros, aquellos que –antes del incendio- cubrían tres paredes de su estudio y se acumulaban sobre mesas, sillas y sillones en la desaparecida casa de Liniers. En el sueño, el novelista volvía a estar frente a aquella precaria pero irremplazable biblioteca, armada con viejos estantes de madera. Pero al intentar agarrar uno de esos libros, éste se disolvía como ceniza entre los dedos.

Si bien el objetivo de Domecq era concentrarse en la escritura de la segunda parte de Los Crímenes de Castelar, su instinto periodístico lo obligaba a seguir las noticias policiales. Fue así que leyó el mensaje del Justiciero que había matado al pistolero chino y –de inmediato- quedó atrapado por aquella historia, que bien podría justificar un futuro libro.

Su reacción fue escribir una carta de lectores a “Castelar Digital”, proponiendo un debate sobre el tema. Ya en el título, el escritor definió su postura:

“La justicia por mano propia no es justicia, es venganza”.

“El Código Penal argentino marca una diferencia entre el asesinato y el homicidio en defensa legítima. El reciente caso del ciudadano chino muerto frente a los tribunales de Morón, se aleja de la legítima defensa porque lo mataron cuando el delincuente no tenía posibilidad de seguir agrediendo. Yan Hui Lee ya no era un peligro, por lo tanto su muerte fue un asesinato, premeditado”. Fdo. J.O. Domecq.

Apenas la nota fue publicada comenzaron a llegar las respuestas. La mayoría pertenecía a víctimas de la inseguridad que -al considerarse desprotegidas- justificaban la reacción social buscando justicia por mano propia. La primera en ser publicada decía:

“Derecho a la integridad física, derecho esencial”.

“En respuesta a las afirmaciones vertidas por el lector Domecq, quisiera puntualizar que sólo hace referencia al Código Penal y olvida que por encima de dicho Código la Constitución Nacional ha ubicado a los Tratados de Derechos Humanos, que garantizan el derecho a la protección de nuestra integridad física. El Estado y la sociedad toda, ante la agresión de un personaje como Yan Hui Lee, tenemos el inobjetable derecho de defender nuestra vida, nuestra integridad”. Firmado: Velázquez, María Laura.

El contenido de la siguiente carta de lectores era:

“Ni muy muy, ni tan tan”.

“No es lo mismo una multitud enfurecida que ataca a un asesino descubierto in fraganti, que el premeditado fusilamiento de un criminal ya detenido”. Firmado: P. Bosco.

Otra carta:

“Asesino a sueldo”.

“Yan Hui Lee no era un ladrón de gallinas sino un sicario que cobraba por matar. Era un psicópata irrecuperable que merecía la pena de muerte”. Firmado: O. Funes.

Otra:

“Ley del Talion”.

“La justicia por mano propia -ojo por ojo- significa retroceder a la Ley del Talió”. Firmado: G. Grey.

En otro mensaje se afirmaba:

“Falsa deidad”.

“La justicia por mano propia es una falsa deidad. Si esta práctica se generaliza, el Estado de derecho tiende a desaparecer. La situación se vuelve ingobernable y la inseguridad aumenta en lugar de disminuir. Todos perdemos”. Firmado. P. Barcia.

Otro:

“Justiciero se necesita”.

“Alguien tiene que hacer algo. Yo apoyo al Justiciero”. Firmado: F.

García”.

Otro más:

“Delincuentes contra delincuentes”:

“Por la inseguridad en que vivimos, muchas personas entienden que ellos mismos deben actuar contra la delincuencia. Pero al hacerlo se convierten en delincuentes. ¡NO CUENTEN CONMIGO!”. Firmado L. Arrieta.

Otra carta:

“Deseo de venganza”.

“La confianza en la policía es la valla de contención para que los ciudadanos no actuemos como hordas primitivas. Pero si -como hoy- estamos a la intemperie, sin protección del Estado y sin ley, el instinto de supervivencia deja salir lo peor de nosotros: el deseo de venganza”. Firmado: D. Moreira.

Otra:

“Lindas palabras”.

“Veo muchas palabras lindas pero ninguna propuesta concreta. Los asesinos entran por una puerta y salen por la otra. ¿Si matarlos está mal, qué debemos hacer? ¿Esperar a que nos maten?”. Firmado: H. Arias.

Otro mensaje:

“El rol del Estado”.

“Los hechos delictivos generan ira y frustración y -si ello va acompañado de una respuesta institucional lenta- surge la justicia por mano propia. Por lo tanto, para que el Estado sea socialmente aceptado como único administrador de justicia, es imprescindible que aplique los castigos legales, en tiempo y forma”. Firmado: S. Casares.

CAPÍTULO (VII): CLUB PHILIDOR

La relación entre Akos y el ajedrez era de amor y odio. Se sentía irresistiblemente atraído por el juego ciencia, pero rechazaba la compulsiva presión de su padre, obsesionado con la ilusión de que Akos repitiera el éxito que él había tenido en su niñez, en la lejana Budapest. Para evitar los reproches por cada partida perdida, el joven había dejado de participar en los torneos salteños, que solían contar con la incómoda presencia de su padre.

En Morón, con pocos recursos pero mucho entusiasmo, esfuerzo y buena voluntad, el Club Philidor se había transformado en un verdadero bastión del ajedrez en la zona oeste bonaerense. Entre otros, organizaba torneos bajo el “Sistema Suizo”, propicio para integrar en un mismo evento desde aficionados hasta profesionales del más alto nivel. Esta fue la razón que indujo a Akos Tákács a inscribirse y participar en esta competencia, bien lejana de la tutela paterna. En su primera partida le tocó enfrentar a un setentón que se escondía tras los gruesos cristales de unos pesados anteojos.

Domecq continuaba concurriendo al club de ajedrez, a pesar de que ya no podía contar con la compañía de su amigo Bustos, su eterno rival en los trebejos. En esta ocasión, iniciaría el torneo con las piezas blancas enfrentando a un nuevo socio. Se trataba de un joven salteño, de mediana estatura, con cuerpo macizo y musculoso. De tez blanca y cabello lacio,

castaño. Con ojos tristes y mirada extraña. Vestía íntegramente de negro. Era rengo y caminaba con la ayuda de un rústico bastón.

1. e4... *Comienza Domecq con las blancas.*
- 1.... e5 *Responde Akos con las negras.*
2. f4... *El veterano plantea el agresivo Gambito Rey.*
- 2....exf4 - *Lo mejor es aceptarlo- pensó su joven rival.*
3. Ac4... *Domecq pasa directamente al ataque.*
- 3....Dh4+ *Akos responde castigando la osadía del anteojudo.*
4. Rf1...
- 4....b5. - *Esta extraña devolución del peón obedece al siguiente razonamiento de Akos: El viejo ya no puede enrocar. Sólo me molesta su alfil. ¡Voy a desviarlo! Y luego ataco con c6 y me apodero del centro..."*
5. Axb5...
- 5....Cf6 *El joven salteño se desarrolla y amenaza al peón e4.*
6. Cf3... *Domecq gana tiempo sacando su caballo.*
- 6....Dh6 *Akos retira su dama negra en previsión de un avance del peón "d".*
7. d3...
- 7....Ch5 *El salto del caballo negro implica una amenaza doble.*
8. Ch4... *Las blancas se defienden con una jugada de interferencia.*
- 8....Dg5 *Akos hace un ataque doble con Dama.*
9. Cf5... *El caballo blanco vuelve a interferir.*
- 9....c6... *Las negras llevan a cabo su primer plan.*
10. g4...
- 10....Cf6 *Ante la imposibilidad de capturar al paso, el caballo negro se retira.*
11. Tg1... - *¡Genial! El veterano Domecq descubre que la Dama de Akos está encerrada y sacrifica su alfil de b5.*
- 11....cxb5 *Akos empieza a transpirar notoriamente.*
12. h4...
- 12....Dg6 *Compulsivamente, Akos se seca –una y otra vez- las manos con un pañuelo.*
13. h5...
- 13....Dg5 *Respuesta forzada, mientras masculla algo inteligible.*
14. Df3... *Domecq amenaza ganar la Dama*
- 14....Cg8 *Akos retrocede para dejarle una escapatoria a su Reina.*
15. Axf4...
- 15....Df6... *La Dama negra va a un lugar desde donde se mantiene activa.*
16. Cc3...
- 16....Ac5 *Akos aprovecha para desarrollar piezas atacando a su rival.*
17. Cd5... *Domecq, en vez de retirar la Torre, ataca a la Dama.*
- 17....Dxb2 *Akos se ve obligado a tomar en b2. Pero ahora sus dos torres están atacadas.*
18. Ad6... *El lúcido Domecq, lejos de defender alguna de las torres, opta por atacar al Alfil de c5. Pero la verdadera función del Alfil en d6, es taponar las posibles salidas del Rey negro.*
- 18.... Axc1 *Akos continúa secándose la transpiración con un pañuelo.*
19. e5...
- 19....Dxa1+ *Pese a estar en peligro, Akos contraataca con un jaque.*
20. Re2...
- 20....Ca6 *Las piezas negras evitan el mate inminente.*

21. Cxg7+... *Domecq hace un sacrificio que le permitirá ganar la partida.*
21....Rd8 *Akos transpira y respira agitado.*
22. Df6+... *Jaque de las blancas.*
22....Cxf6 *El salteño se para y se vuelve a sentar.*
23. Ae7++... - ¡Jaque Mate! *Akos cae vencido por la experiencia, capacidad intelectual y agilidad mental de Domecq.*

Al finalizar la partida los contendientes se estrecharon la mano, mientras el ganador recibía merecidas felicitaciones: - ¡Qué bueno! Fue una pintura –dijo uno de los presentes. - ¡Excelente juego! Lo disfruté como si Anderssen estuviera venciendo a Kieseritzky –comentó otro.

Entre trago y trago de cerveza helada, los rivales analizaron la partida y fueron iniciando una amistad. El joven comentó que era nacido y criado en una plantación de tabaco salteña, lejos de cualquier pueblo o escuela. Que su padre -un frustrado niño prodigio húngaro- le había enseñado a jugar al ajedrez antes de saber leer o escribir. Que él acababa de mudarse a Castelar y se dedicaba a la reparación de equipos informáticos. Por su parte, Domecq relató su experiencia profesional en el periodismo, su jubilación y su reciente debut como novelista. También mencionó que el destino lo había marcado “a fuego” con tres siniestros: su casa en Liniers, una parrilla en Luján donde se había alojado transitoriamente, y una cabaña en Cholila, devorada por el trágicamente famoso incendio forestal. Akos estaba por proponer una revancha, cuando sonó su teléfono. Al cortar, se disculpó por tener que retirarse porque un cliente necesitaba una reparación urgente. Tras intercambiar sus números de teléfono, los ajedrecistas se comprometieron a seguir en contacto.

- Ahora que Bustos está lejos, tal vez Akos pueda ser mi nuevo rival de ajedrez. Creo que tiene potencial –pensó Domecq.

En su viaje en colectivo, entre el Club Philidor y el domicilio de su cliente, Akos no pudo pensar en otra cosa que no fuera la partida que acaba de perder contra aquel personaje estrafalario, esa rata de biblioteca de gestos amables pero juego agresivo. Las imágenes de las piezas moviéndose compulsivamente en el tablero se resistían a abandonarlo. Su único pensamiento era revisar la partida hasta encontrar los errores que hubiera cometido. Estaba obsesionado, casi enloquecido de bronca. Quería la revancha.

CAPÍTULO (VIII): PRONTUARIOS

Aquella mañana, la comisario Aberanda llegó a su despacho aún más temprano que de costumbre. Mientras disfrutaba del intenso sabor de un auténtico café, preparado en su casa y transportado en un termo, revisó el prontuario de Yan Hui Lee. Su primera víctima había sido el dueño de un supermercado que se atrevió a denunciar la extorsión de la mafia china y al que Yan ejecutó con tres tiros en la nuca. Dado que la víctima era un viudo sin familiares en nuestro país, y sin vinculación con otra triada, resultaba difícil imaginar que alguien estuviera vengando su muerte.

La segunda víctima era un ex policía que prestaba servicios de

seguridad privada en el Hospital Santojanni y a quien -pese a estar desarmado- Yan mató de un tiro en el pecho. En aquel momento, el pistolero chino había ingresado a la guardia en un fallido intento de rematar a un sicario rosarino, que habría asesinado a varios miembros de la mafia "Fu Chin".

Por lo tanto, en el supuesto caso de que el móvil para eliminar a Yan hubiera sido la venganza, los principales sospechosos eran –en un caso- los colegas del policía muerto y –en el otro- el sicario internado en el Santojanni. Existía una tercera posibilidad, pero Aberanda la descartó. Ella no creía que a Yan Hui Lee lo hubieran matado sus propios jefes, para silenciarlo, ya que nunca se había topado con un chino delator.

La hipótesis del policía justiciero se reforzaba con la posibilidad de que el disparo hubiera sido efectuado desde el edificio de Tribunales de Morón, plagado de efectivos policiales. Sin embargo, la comisario sabía que a sus colegas les hubiera resultado más sencillo eliminar al pistolero chino dentro de la propia cárcel. Inclusive, mostrándolo como un suicidio.

Entonces, más guiada por la intuición que por las evidencias, delegó en su asistente Rossini el seguimiento de la pista de la venganza policial, mientras que ella se abocaba a investigar el hipotético ajuste de cuentas por parte del sicario sobreviviente del Santojanni.

La primera sorpresa para Aberanda fue descubrir que ese sicario rosarino, perseguido por Yan Hui Lee, era Juan Gaffi, el mismo que –junto a Gonzalo Gómez Rioja- había baleado la parrilla de Luján donde se albergaba el novelista Jorge Osvaldo Domecq. En aquella oportunidad, por ser un menor de edad sin antecedentes, fue rápidamente liberado. Para un ojo atento como el de Anahí, no pasó desapercibido que el abogado interviniente no había sido un defensor de menores sino un siniestro letrado de criminales confesos: el Dr Manuel Guzmán. Además, Aberanda se enojó al ver que la justicia bonaerense no había vinculado los hechos de Luján con otros previos, acaecidos en Liniers, en los que también había participado Juan Gaffi (alias Juany). Concretamente, el tiroteo inicial en "Little Bolivia" y el trágico desenlace en el hospital Santojanni. La comisario se puso furiosa. Si bien ésta no era la primera vez que descubría una desconexión entre prontuarios de una y otra jurisdicción, ahora se trataba de resonantes casos policiales muy cercanos entre sí, tanto en el tiempo como en el espacio. Entonces, desconfiando de la burocracia, y viendo que Juany tenía registrado su domicilio en Rosario, le pidió al fiscal de la causa que le permitiera ingresar a la base de datos de la justicia de Santa Fe.

Cuando pudo acceder a esa información, Anahí tuvo otra desagradable sorpresa. El prontuario santafesino de Juan Gaffi resultó mucho más grave que lo esperado. Se trataba de un despiadado asesino, juzgado y condenado por múltiples crímenes, pero liberado por ser menor de edad.

A fin de analizar el "modus operandi" de Juany, para compararlo con el del "justiciero" de Morón, la comisario comenzó a leer detenidamente toda la información disponible. Ya en su primer asesinato, el sicario rosarino mostró similitudes con el Justiciero de Morón: la víctima había sido un "buchón" a quien mató de un tiro en la frente, justo en el momento en que la policía lo estaba por trasladar a Tribunales. Hasta aquí la coincidencia era total. Sin embargo, en aquel caso, Gaffi había disparado con una pistola, a corta distancia, y desde una moto con la que se dio a la fuga.

Las siguientes víctimas habían sido un viejo sentado en un banco de plaza, una mujer cargada con sus bolsas de compras, una pareja de

amantes que salía de un hotel alojamiento, un carnicero que se había quedado con un “vuelto” de los narcos y un periodista que metió la nariz donde no debía. Juany también estaba acusado de un atentado fallido contra el gobernador de Santa Fe.

Las coincidencias entre Gaffi y el Justiciero de Morón consistían en haber eliminado –de un tiro en la cabeza- a un detenido, cuando era trasladado para declarar en Tribunales. Pero Juany había matado de cerca y utilizado un revólver, mientras que el Justiciero lo había hecho desde lejos y con un arma larga. Sin embargo, a pesar de esta diferencia, la comisario decidió hablar con el joven rosarino. Como no tenía motivos para traerlo detenido tendría que conformarse con visitarlo y tratar de sonsacarle algo.

Cuando su asistente le confirmó que Gaffi se alojaba en una quinta de Parque Leloir, propiedad del Dr. Manuel Guzmán, Aberanda decidió que Rossini y ella, más el chofer del patrullero, salieran en ese mismo instante en busca del sicario.

En el trayecto, el asistente comentó:

- Juan Gaffi cumplió 18 años y ya no es inimputable- dijo Rossini con sádico placer.

CAPÍTULO (IX) : TIROTEO EN LELOIR

Desde mucho tiempo atrás, los parques y jardines del recordado Haras Thays han ido dejando su lugar a la moderna urbanización conocida como Parque Leloir. En ese paraíso verde, oculto entre la frondosa arboleda que le aseguraba privacidad y protección, estaba el chalet californiano propiedad del Dr. Manuel Guzmán, donde se escondía Juan Gaffi.

El patrullero -que conducía a la comisario Aberanda y sus colaboradores- abandonó el Acceso Oeste, avanzó por la calle Martín Fierro, dobló en Los Reseros y continuó por una sucesión de curvas indicadas en el GPS. Finalmente, estacionó bajo unos frondosos eucaliptus. De pronto, el bucólico silencio estalló, quebrado por el frenético tableteo de una pistola ametralladora. Mientras los uniformados se parapetaban detrás del vehículo policial, nuevos disparos atronaron el aire, pero desde distintos puntos. El terror a una emboscada pronto cedió ante una buena noticia: no le disparaban a la policía. Era un enfrentamiento entre desconocidos que ni siquiera habían notado la llegada de Anahí y sus bonaerenses.

- Se están tirando con Uzis y Ak 47-aventuró Rossini.

- ¡Pida refuerzos! -ordenó la comisario, mientras pensaba: -No son armas de las fuerzas de seguridad. Caímos en medio de un ajuste de cuentas. Con nuestras pistolas no podemos hacer nada y ni siquiera tenemos chalecos antibalas.

Acostada y avanzando sobre sus codos, Aberanda se acercó hasta un claro en el ligustro, que le permitía ver la casa que estaba siendo atacada. Desde dos de sus ventanas superiores hacían fuego hacia la arboleda, donde -apostados detrás de los trocos- cuatro o cinco sujetos, con

armas largas, disparaban contra el edificio. Era un tiroteo largo e intenso. Centenares de balazos de grueso calibre fueron intercambiados entre uno y otro bando. Las balas zumbaban, rebotaban y se incrustaban. Primero, se silenciaron un par de atacantes. Luego, dejaron de hacer fuego desde una de las ventanas. Finalmente, ya nadie respondió desde la casa y dos encapuchados se acercaron y entraron. En ese momento llegó el grupo Halcón, de operaciones especiales, y rodeó el lugar. Pertrechados con sus fusiles de asalto M16, tomaron posiciones. Por los altavoces, el oficial a cargo exigió la rendición. Luego de un rato de incertidumbre, los dos pistoleros chinos, desarmados, salieron con las manos en alto. Aberanda se acercó al jefe del operativo y juntos ingresaron al que fuera un hermoso chalet. En medio de vidrios rotos, paredes y muebles destruidos, sobre sendos charcos de sangre, había dos cadáveres. Uno pertenecía a Juan Gaffi, el sicario rosarino que acababa de cumplir 18 años.

Aberanda estaba convencida de que -razonando como ella- los chinos habían descubierto que Juan Gaffi era el Justiciero de Morón.

Lamentablemente, el ajuste de cuentas, la justicia por mano propia y el ojo por ojo, se habían realimentado en una sangrienta espiral de violencia.

Esa misma tarde, simultáneamente con los canales sensacionalistas -pero antes que cualquier otro medio escrito- "Castelar Digital" publicó la muerte del Justiciero de Morón. Redactada con mano experta por Domecq, la nota contaba la breve y trágica historia de Juan Gaffi:

"Juan Gaffi – quien fuera el más joven de los sicarios- había nacido hace apenas dieciocho años, en la desgarradora pobreza del conurbano rosarino. En un barrio carente de todos los servicios esenciales y donde los pobres engendran pobres. Un barrio donde nacen muchos chicos, pero pocos sobreviven. Un barrio donde la injusticia es el caldo de cultivo del odio social. Para Juany, la violencia era una tragedia heredada. De chiquilín vio morir a su padre, acribillado frente a su casa. Tras ese asesinato, su madre formó pareja con un ex policía exonerado, que se encargaba de reclutar chicos para transformarlos en sicarios. Los seleccionaba, los entrenaba y les proporcionaba armas, movilidad y refugio. También les proveía la droga que les hacía despreciar la vida propia y ajena. Más pronto que tarde, Juany fue reclutado. Una vez que comenzó a matar, su vida ya no tuvo retorno. Sin embargo pudo tener una segunda oportunidad: luego de cometer su primer crimen fue detenido y la justicia probó su participación como autor material. Pero no fue condenado, ni enviado a un reformatorio porque sólo tenía 14 años. A partir de aquella cuestionable sentencia, en libertad por su condición de inimputable, Juan Gaffi se transformó en un feroz asesino a sueldo.

Además de los crímenes que son de conocimiento público, Juany cometió otros atentados. Tres de ellos contra mi persona: en Castelar quemó mi auto, en Liniers incendió mi casa y en Luján baleó la vivienda donde yo me

refugiaba.

Dicen, quienes lo conocieron, que este joven no se sentía culpable por sus crímenes, porque consideraba que el verdadero responsable era el que le pagaba por matar. Tal vez tuviera razón. No soy yo quien debe juzgarlo. Por mi parte, simplemente, lo perdono.

Jorge Osvaldo Domecq

Nota: En el tiroteo que tuvo lugar en la feria boliviana de Liniers, Juany recibió un tiro en la mano y ésta le quedó atrofiada. Si bien, con la otra mano, volvió a utilizar armas de puño, yo me pregunto: ¿Es posible disparar con precisión un fusil usando una sola mano, y dar exactamente en un blanco ubicado a más de cien metros distancia? En caso contrario, Juan Gaffi no era el Justiciero de Morón. J.O.Domecq.

Esa misma tarde, Domecq recibió un contradictorio mensaje de la comisario Aberanda. Por un lado, lo felicitaba por el artículo sobre el Justiciero, pero -al mismo tiempo- consideraba inadecuado haber instalado la duda sobre si el difunto Juan Gaffi era o no el asesino de Yan Hui Lee.

CAPÍTULO (X): COMICS

En la esquina de Francia y Alvarez Jonte, en Castelar Norte, hay una plaqueta recordativa con este lamentable mensaje: “Zanjón Martínez”: 50 años de inundaciones y ninguna solución”. A pocos metros de allí, en una casa casi escondida detrás de un inmenso jazmín, nació Ely Berger. En la década del 80, ese era un barrio tranquilo donde ella podía jugar en la vereda –sin temores- e intercambiar figuritas, caracoles y otros tesoros con sus vecinitas. Desde salita de tres hasta terminar el bachillerato, Ely concurrió al Colegio Inmaculada, para luego completar la carrera universitaria de Diseño Gráfico, en la UM. Pero -en su adolescencia- no dedicaba todo su tiempo a la educación formal, también practicaba equitación, era guitarrista en una banda que integraba con cuatro chicos, y –además- estudiaba pintura en el taller de Alicia Gobbi (Ciudadana Ilustre de Morón). Fue allí donde su vocación por el dibujo se canalizó hacia los comics. Entre sus compañeros estaba Hernán Marino, hoy devenido en el famoso artista Budapest o –simplemente- Buda. La buena suerte de Ely le permitió participar en un acontecimiento histórico. Cuando el cineasta Fabio Zurita, guionista del cómic “¿Dónde está el Polaco?”, inició la ilustración de esta historieta, ella integró el grupo de jóvenes que colaboraron con los primeros bosquejos. Para esta adolescente fue una verdadera experiencia de vida, porque el guión narraba la historia del rol de los hinchas en

la época más oscura de la última dictadura militar. Como otros miles de compatriotas, un simpatizante de Deportivo Morón desaparece. Se trataba de “El Polaco”, un hincha de toda la vida, que vivía en Castelar, cerca de la cancha del Gallo. Cuando se enteraron de que el muchacho había sido “chupado por la cana”, sus compañeros confeccionaron una enorme bandera con la leyenda “*Aparición con vida del Polaco*” y la mostraron en la cancha, partido tras partido. Finalmente, metieron tanta presión que “El Polaco” apareció. Estaba detenido en la comisaría de Villa Ballester.

La capacidad artística y su espíritu emprendedor, posibilitaron que Ely Berger se radicara largos años en Alemania, la tierra de su abuelo, marinero del acorazado “Graf Spee”, protagonista de la famosa batalla del Río de la Plata. De regreso a nuestra ciudad, Ely tuvo la oportunidad de exponer sus obras en “**Kasa Taller**” **ese espacio creado por su ex compañero Buda, que en la calle Anatole France** ofrece un living-taller, un garaje-galería, y una terraza-escenario, en una casa intervenida casi totalmente por el arte. Entre los numerosos visitantes que tuvo su exposición, se contaba Akos Tákács un joven salteño, recientemente radicado en Castelar, y que le ofreció contactarla con un amigo comprovinciano que escribía guiones de comics y estaba buscando ilustrador.

La intermediación de Akos fue fructífera y dio origen a la creación del personaje “La justiciera”, con guión de Patricio García Patrón y diseño de Ely Berger.

Siempre atento a la difusión del arte local, Gabriel Colonna entrevistó a Ely y le pidió que le enviara algunas imágenes para acompañar la nota. Cuando las ilustraciones llegaron a “Castelar Digital”, Gabriel se sorprendió por el realismo de la escena que mostraba la muerte de Yan Hui Lee, baleado por un francotirador, frente a los Tribunales de Morón. Dado que se reemplazaba al Justiciero por una justiciera, pensó que se trataba de una versión libre imaginada por los autores, pero luego descubrió ciertas precisiones que avalaban la idea de Domecq de que Juan Gaffi no había sido quien mató al pistolero chino. De inmediato, intercambió mensajes con el autor de Los crímenes de Castelar y coordinaron una reunión para esa misma tarde.

Ya en las oficinas de la calle San Pedro, Domecq –también sorprendido- comenzó a enumerar los detalles de la verosímil escena del comics que discrepaban con la información suministrada por la policía.

→ El disparo había sido hecho a más de 200 metros y desde un costado (no de frente).

→ La bala había impactado entre los ojos de la víctima porque estaba mirando hacia la derecha,

→ El calibre utilizado había sido el 7.62, propio de las fuerzas de elite.

- Todo indicaría la presencia de un profesional, con armamento de última generación y en plenitud de su estado físico -dijo Domecq, y agregó: - Nada que ver con Juan Gaffi.

- ¿Se lo comentamos a la comisario Aberanda? –sugirió Gabriel.

- No nos va a dar bola. Mejor hablemos primero con la diseñadora –respondió el veterano.

Gabriel la llamó y le propuso reunirse en Noi, con Domecq, para ampliar la nota y comer pizza. Ella aceptó de buena gana.

Ely Berger lucía igual que su personaje de “La justiciera”. Era una joven atractiva, de melenita rubio ceniza, con rígido flequillo, hermosos ojos, hombros tatuados, piercing brillante en la nariz y muñequeras de cuero con tachas. La principal diferencia era que el personaje del comic llevaba una venda en los ojos, como la tradicional imagen de La Justicia.

La charla deambuló por diversos aspectos del arte gráfico hasta que Domecq preguntó cómo le surgió la imagen de la escena del crimen. La chica respondió que hasta el más mínimo detalle estaba en el guión y en el material de soporte enviado desde Salta por Patricio García Patrón:

- ¿Y el calibre de la bala?-repreguntó Domecq.

- También me lo informó él. Yo ni sé qué significa 7.62 –respondió Ely.

Una vez que la rubia se retiró, Domecq propuso una reunión con Aberanda. Pero Gabriel prefirió quedarse al margen y dejar que su veterano amigo charlara mano a mano con la comisario.

CAPÍTULO (XI): LA COMISARIO

Aquella noche, Domecq había dormido mal. Aún sentía el desasosiego provocado por la pesadilla donde Anahí Aberanda, vestida de Gatúbela, lo recibía en su despacho y comenzaba a ofrecerle una danza erótica. Pero, cuando él intentaba abrazarla, el piso cedía y ambos caían en un foso repleto de serpientes.

Ya en la vida real, la comisario lo recibió con su uniforme de la bonaerense y le ofreció un café, aclarándole que lo había preparado ella misma. Para no comenzar con el pie izquierdo, Domecq ignoró su gastritis y aceptó con una sonrisa.

- Como el caso ya está cerrado –comenzó Domecq- me gustaría preguntarle si la bala que mató a Yan Hui Lee era calibre 7.62.

-Sí. ¿Cómo lo supo? –respondió Aberanda.

- Está en un comic.

- ¿Cuál comic?

- Uno que también dice que -cuando recibió el balazo- el pistolero chino estaba mirando hacia la derecha.

- ¡Pero la bala le dio en la frente!

- De acuerdo, pero si había girado la cabeza hacia su derecha y la bala vino desde ese lado, bien pudo darle en la frente -replicó Domecq.

- ¿Y qué importa si Juan Gaffi disparó desde adelante o desde un

costado?

- Tal vez importe saber por qué alguien -ajeno a la policía- sabía del proyectil calibre 7.62. En consecuencia, tal vez sería útil averiguar por qué esa misma fuente sostiene que la bala vino de un costado. En mi humilde opinión, creo que se justifica chequear las cámaras de seguridad de los Tribunales de Morón.

- Ya las revisamos en su momento. Pero una vez que mataron a Gaffi se cerró el caso.

- Ok, solo le pido que –sin apuro- mire la grabación y confirme si Yan Lee murió mirando al frente o no.

- Aunque usted no tenga apuro yo prefiero acabar con esto de una buena vez. Tengo esas imágenes en algún archivo de mi pc. Espere y las vemos juntos.

Mientras el visitante limpiaba sus gruesos lentes, la comisario manipuló la computadora hasta que dijo:

- ¡Acá está, veamos!

Para sorpresa de ambos, el video mostraba a Yan Hui Lee bajando del patrullero frente a Tribunales, girando la cabeza hacia la derecha y recibiendo el tiro en la frente.

- ¿En cuál comic están estos datos?- preguntó en mal tono la comisario.

- En uno que va a publicar “Castelar Digital”.

- ¿De nuevo está Colonna de por medio?

- En realidad él solo aporta el espacio. Las ilustraciones son de Ely Berger, vecina de Castelar, pero todos los datos los aportó un guionista que vive en Salta.

- ¿En Salta?

- Sí

- ¿Y cómo pudo enterarse de esos detalles no divulgados?

- O es una rara coincidencia entre ficción y realidad, o alguien le suministró información confidencial.

- ¿Tal vez el asesino?-dijo la comisario

- Esa duda es la que me trajo hasta aquí -respondió el novelista de ojos acuosos.

- Necesito los datos de la dibujante –exigió Aberanda.

- Ok. Ya se los estoy enviando a su celular.

- Gracias. Nos vemos –dijo ella, dando por terminada la reunión.

- Hasta pronto –respondió él.

La posterior reunión entre la comisario y Ely Berger no aportó datos de importancia. Toda la información con que contaba la chica le había sido suministrada por Patricio García Patrón, un guionista salteño con quien solo había mantenido contacto por Internet.

Tras varios días de laboriosas gestiones, Aberanda logró que la

delegación de la Policía Federal en Salta citara a Patricio para que se presentara en sus oficinas y participara de una videoconferencia con la comisario bonaerense. Llegado el día, la tecnología permitió ese diálogo a miles de kilómetros de distancia. De entrada, Anahí aclaró que sus preguntas no tenían implicancias legales, ya que se trataba de un caso cerrado. No obstante, por respeto a la familia del difunto Juan Gaffi, no podía dejar de analizar otras pistas que hacían dudar de su responsabilidad en el asesinato de Yan Hui Lee.

Con total serenidad, Patricio explicó que el guión de “La justiciera” era pura ficción, enriquecida con datos periodísticos bajados de Internet; que el dato del proyectil calibre 7.62 lo había sacado de la película “El francotirador”; que el disparo desde un costado lo había considerado necesario porque esa escena transcurría frente a los Tribunales de Morón, y nunca imaginó que un asesino pudiera disparar desde un edificio tan custodiado como ese; que el giro de la cabeza de la víctima había sido una necesidad del guión, para que la bala pudiera impactar en su frente, agregándole dramatismo a la escena.

Sin más preguntas, la comisario Aberanda dio por terminada la videoconferencia.

- Creer o reventar –dijo Rossini, y agregó: – La coincidencia entre ficción y realidad fue pura casualidad.

- Así parece -respondió Anahí.

- Entonces, a pesar de las fantochadas de Domecq, el caso sigue cerrado y nadie le quita la culpa a Juan Gaffi.

- No tengo elementos para contradecirlo, pero tampoco para darle la razón.

- ¿Todavía tiene dudas, jefa?

- ¡No me diga jefa!

- ¡Perdón comisario! ¿Todavía no está convencida?

- Es que no encontramos el arma homicida, supuestamente un rifle de guerra. Además, Juany nunca estuvo relacionado con armas largas. Y, al tener una mano atrofiada, era casi imposible que pudiera acertar un balazo a más de 200 metros.

- Sin embargo, los chinos no dudaron de la culpabilidad de Juany y “se lo llevaron puesto” –argumentó el asistente.

- Cuide el lenguaje Rossini. Un día se le va a escapar esa jerga en un expediente y voy a tener que sancionarlo –amenazó Aberanda.

- ¡Perdón! Quise decir que los chinos no dudaron en matar a Juan Gaffi.

- ¿Entonces, el criterio de los chinos es más confiable que el mío? –se quejó Anahí.

- ¡No, comisario! ¡Para nada! Es que hoy me estoy expresando como el c...

CAPÍTULO (XII): LA REVANCHA

Obsesionado por la revancha, Akos envió varios mensajes a Domecq, desafiándolo a otra partida de ajedrez. Dada la insistencia del joven, su rival no tuvo más remedio que aceptar.

Vestido íntegramente de negro, Akos llegó al Club Philidor una hora antes de lo acordado y comenzó un compulsivo ritual. Primero, tras observar la iluminación, eligió una mesa ubicada en un rincón y –para evitar perturbadoras distracciones- se ubicó de espaldas al mostrador. Luego, probó varias sillas y optó por una muy gastada pero que le pareció limpia, firme y cómoda. A continuación, tras comprobar su exactitud, eligió un reloj. Finalmente, seleccionó un tablero y las piezas. Como en esta oportunidad le correspondía jugar con las blancas, el joven salteño –con minuciosa simetría- ubicó cada uno sus dieciséis trebejos, pero dejó para su adversario la tarea de colocar los negros. Ansioso, se sentó a esperar a su rival.

Cuanto llegó Domecq, los rivales se estrecharon la mano y comenzaron la partida.

1. e4 Akos inicia el juego.
- 1....e5 Domecq responde.
2. Nf3 El joven mueve con seguridad
- 2....Nc6 El veterano piensa un rato antes de responder.
3. Bb5 Ambos jugadores no se hablan ni se miran.
- 3.... Nf6
4. O-O El salteño repite una partida de Carlsen, en 2014
- 4....Ne4 Domecq responde como lo hizo Anand en aquella oportunidad.
5. d4 Akos se pone de pie para hacer su movida, y vuelve a sentarse.
- 5....Nd6
6. Bc6
- 6....dc6 Ambos permanecen en silencio, con la mirada fija en el tablero.
7. de5
- 7....Nf5
8. Qd8
- 8....Kd8
9. h3 En obsesivo ritual, Akos vuelve a parase y se le cae el bastón.
- 9....Ke8
10. Nc3 Hasta aquí, Akos repite aquella partida de Carlsen.
- 10....h5 Domecq reitera lo que hizo Anand en esa oportunidad.
11. Ne2 Esta vez Akos sorprende con una novedad teórica.
- 11.... b6!?
12. Rd1
- 12.... Ba6 Parece que las negras siguen perdiendo tiempo.

13. Nf4 Ahora, Akos medita un buen rato antes de mover.
- 13.... Bb7! Domecq responde con una jugada novedosa.
14. e6 Akos mira fijamente a su rival tratando de descifrar su cerebro.
- 14....Bd6
15. ef7 Nervioso, Akos se pone de pie y se le cae el bastón. Domecq se lo quiere alcanzar, pero el joven rechaza la ayuda. Lo agarra y vuelve a sentarse.
- 15....Kf7
16. Ng5 Akos sigue transpirando y se seca las manos, una y otra vez.
- 16....Kf6
17. Ne4 Continuando el ritual, Akos se para y se sienta antes de cada movida.
- 17....Kf7 Mientras limpia sus anteojos, Domecq mira el tablero con sus ojos miopes.
18. Ng5
- 18....Kf6
19. Ne4 Akos molesta a su rival golpeando con su bastón en el piso.
- 19....Kf7
20. Ng5 Finalmente, los jugadores acordaron tablas por repetición de movimientos. A pesar de jugar con las blancas, Akos no logró vencer a un Domecq que demostró estar actualizado.

Al finalizar, los contendientes compartieron una cerveza.

- ¿Analizamos la partida? –propuso Domecq.
- Prefiero no hacerlo –respondió su rival.
- ¿Entonces...?
- Léí tu carta de lectores sobre la justicia por mano propia –dijo

Akos, cambiando de tema.

- ¿Y qué opinás?
- La gente está harta de la inseguridad.
- No hay dudas. Pero el tema de fondo es respetar o no la Ley.
- Es que el Estado no hace cumplir la Ley.
- Entonces presionemos a los tres poderes para que se pongan

las pilas.

- ¿Y mientras tanto...?
- Mientras tanto petitionamos, protestamos, marchamos...
- ¡Mientras tanto los criminales siguen matando gente o dejándola

mutilada como a mí! –interrumpió Akos.

- ¡Perdón! No sabía...-balbuceó Domecq.
- Si lo hubieran linchado antes, este hijo de puta no me hubiera

baleado la rodilla –explotó el joven, y agregó: -¡Nadie piensa en las víctimas!

Dolorido por lo que estaba sucediendo, Domecq no encontraba las palabras adecuadas. Se sentía un viejo pelotudo por discutir un tema tan delicado con una persona que apenas conocía. Era cierto que el muchacho había sido el primero en mencionar las cartas de lectores, pero sus respuestas fueron demasiado tajantes, impropias de su experiencia, y –quizás- hasta

soberbias. Jamás imaginó que la renguera de Akos hubiera sido provocada por un delincuente. Pero había metido la pata y no sabía cómo arreglarlo.

Mientras tanto, en silencio, mirando al piso, transpirando horrores, Akos canalizaba su angustia secándose compulsivamente las manos con su pañuelo. De pronto, se puso de pie y –victimizándose, con el sordo golpeteo de su bastón- se marchó.

Pasado el desconcierto inicial, Domecq comenzó a preguntarse si con esa reacción exagerada Akos no había intentado manipularlo. En su larga experiencia ajedrecística se había topado con personajes que tenían gran facilidad para simular estados emotivos. Fingidores natos, que recurrían a tretas psicológicas para obtener ventajas frente a sus adversarios. Tal vez, al victimizarse, el joven salteño estaba intentando ablandar a su aguerrido rival, para que la próxima vez jugara “a media máquina”.

Cuando ya estaba por aceptar este razonamiento, un sentimiento de culpa lo invadió. ¿Cómo podía imaginar semejante manipulación por parte de aquel pobre pibe con una rodilla hecha polvo por un balazo? ¿Acaso él se acababa de sumar a la triste moda de confundir víctimas con victimarios?

Con Domecq perturbado, trastornado y sumergido en un mar de dudas y desasosiego, Akos había logrado su objetivo.

CAPÍTULO (XIII): ESPIRAL DE VIOLENCIA

Eliminar a Juan Gaffi había tenido un alto costo para la tríada “Fu Chin”. Tres de sus hombres murieron en el enfrentamiento entre pistoleros, y otros dos fueron detenidos por el “Grupo Halcón”. Pero eso no era todo. La violencia había engendrado más violencia y aquel ajuste de cuentas no sería el último. La venganza ya se cocinaba a fuego lento.

El Dr. Manuel Guzmán estaba muy lejos de ser un simple abogado. En realidad, “liberar presos de lujo” sólo había sido el medio para llegar a convertirse en un poderoso empresario de la violencia. Sus vínculos con gobernantes, jueces y fuerzas de seguridad le garantizaban impunidad ante la Ley. Sin embargo, nadie lo protegía de las reacciones que generaba su propio accionar. Por lo tanto, como sus enemigos chinos también gozaban de la protección oficial, ninguna autoridad tomaría partido en esta guerra entre bandas. El Dr. Guzmán y “Fu Chin” deberían resolver su disputa sin ayuda, como perros rabiosos.

La mafia china tenía su propia forma de saldar cuentas: a sangre y fuego, en enfrentamientos donde las opciones eran matar o morir. Como en la batalla del Parque Leloir.

En cambio, Guzmán era frío, sórdido y calculador. Prefería los silenciosos métodos de los servicios de inteligencia, para los que solía trabajar “arreglando problemas”. Además, ya no se trataba de una simple disputa de poder. Los chinos habían destruido su propia casa en Leloir y eliminado a dos de sus hombres. Pero lo más grave e imperdonable era que habían matado a alguien especial. Juany era el preferido del Dr. Guzmán. El soldadito del jefe. La luz de sus ojos. Su secreta pasión.

En consecuencia, la respuesta debía ser tremenda y definitiva: matar a Zhao Fu Chin, líder de la triada.

Ya elegida la víctima, ahora había que seleccionar al victimario.

El Dr. Guzmán tenía un registro de la mano de obra disponible, tanto local como internacional. Una élite de sicarios confiables y eficaces. Asesinos profesionales entrenados para matar. Criminales que garantizaban trabajos limpios y sin huellas. Sin embargo, todos tenían un “talón de Aquiles”: si Guzmán los conocía, también estarían fichados por los servicios de inteligencia. Y, a pesar de su buena relación con los espías oficiales, en esta oportunidad el abogado prefería actuar a espaldas de sus “amigos”. En este operativo el anonimato era requisito para el éxito. Necesitaba un asesino desconocido. Un hombre gris, con una vida tan monótona como desapercibida. Preferentemente, con poca familia y pocos amigos, todos convencidos de que se dedicaba a un trabajo común y corriente. Alguien difícil de identificar, como el verdadero Justiciero de Morón.

El abogado sabía perfectamente que Juany no había matado a Yan Hui Lee ya que, en el momento del crimen, el joven estaba compartiendo su lecho. La policía y la mafia china se habían equivocada al culpar a Juan Gaffi, y ese error le había costado la vida al efebo.

Ciego de dolor y resentimiento, el Dr. Guzmán pensó en una doble venganza, que incluyera al líder de la mafia china y –también- al misterioso Justiciero que desencadenó el erróneo ajuste de cuentas.

Utilizando sus aceitados contactos y abundantes recursos, el abogado –en forma secreta y extraoficial– descubrió al verdadero asesino de los Tribunales de Morón. Luego de perder mucho tiempo siguiendo pistas falsas, la bala calibre 7.62 lo guió al club Tiro al Segno y de allí hasta Akos Pampa Tákács, el salteño que reparaba computadoras en Castelar.

La magnitud del esfuerzo y los medios requeridos para descubrirlo, hablaban muy bien de la capacidad de Akos para mimetizarse en la sociedad, sin despertar sospechas. Esa era una cualidad muy valorada en el mundo del hampa y Guzmán tomó debida nota. Por eso, decidió cambiar sus planes. Un asesino invisible a la vista de todos era un recurso que podría utilizar contra Zhao Fu Chin. De todos modos, no tenía apuro para vengarse del Justiciero. Para esas cosas siempre hay tiempo.

La camioneta 4x4, negra y con vidrios polarizados, avanzó lentamente por la calle Arias y -antes de llegar a Santa Rosa- estacionó sobre la vereda. Parsimoniosamente, descendió un hombre de tez morena y pelo renegrido. Tenía cabeza redonda, cuello corto y espaldas anchas. Era retacón y vestía una camisa roja, saco sport blanco, jeans azules y llamativas botas texanas. Caminó hasta el local de computadoras, abrió la puerta, entró y cerró con llave. Cuando el dueño del local, íntegramente vestido de negro, intentó manotear el teléfono, ya una pistola le presionaba la panza para hacerlo cambiar de intención.

- Soy el Dr. Guzmán y vos sos el Justiciero, así que bajá la

persiana para que podamos hablar a calzón quitado.

Ya sin riesgo de ser vistos desde la calle, el abogado pidió un vaso de agua. Una vez que ambos estuvieron sentados, el intruso comenzó a contar. Sabía que la renguera de Akos se debía a un balazo de Yan Hui Lee y que por eso se había vengado frente a los Tribunales de Morón. También sabía que el pistolero chino trabajaba para la misma mafia que había matado a su protegido Juan Gaffi. Por lo tanto ambos tenían un mismo enemigo: Zhao Fu Chin.

La propuesta del Dr. Guzmán consistía en que el Justiciero liquidara al líder de la mafia china y vengara a ambos. Para eso le daría apoyo logístico y diez mil dólares de recompensa. En cambio, si rechazaba la oferta, él mismo avisaría a la tríada “Fu Chin”, que Akos Pampa Tákács era el verdadero asesino de Yan Hui Lee.

Akos estaba entre la espada y la pared. Su plan B, en caso de ser descubierto por la policía, era mostrar el terrible daño sufrido en su rodilla y encuadrar su reacción como “justicia por mano propia”. Pero nunca había barajado la hipótesis de caer en manos de la sádica mafia china.

CAPÍTULO (XIV): SIN SALIDA

Para Akos, llegar a Buenos Aires, radicarse y ejercer su profesión en Castelar, bien lejos de la tutela paterna, había sido como tocar el cielo con las manos. De yapa, podía jugar al ajedrez en Philidor, practicar tiro en Palomar y compartir la increíble movida cultural de la zona.

Pero el diablo metió la cola. Primero asaltaron su comercio, luego lo balearon y quedó lisiado. Del cielo, había caído al infierno, sin escalas.

Al abandonar el hospital, su angustia y frustración inicial se habían transformado en una incontrollable obsesión de venganza. Entonces, se juró buscar y matar a su agresor.

Las primeras semanas pasaron sin grandes novedades, hasta que en un noticiero mostraron la detención de un pistolero chino. Se trataba de Yan Hui Lee, acusado de varios crímenes, la mayoría de ellos cometidos en la zona Oeste del Gran Buenos Aires. A partir de ese momento, Akos intentó confirmar si Yan era el autor del disparo que le había arruinado la vida. Cuando estuvo seguro, comenzó a planear su muerte.

Una mañana lluviosa, frente a los Tribunales de Morón, escondido en el cuarto piso de un abandonado edificio en construcción, esperó a su víctima. Cuando el patrullero se detuvo y apareció Yan Hui Lee, Akos apretó el gatillo y –con precisión olímpica- le voló la cabeza.

A partir de ese trágico momento, el Justiciero intentó volver a la normalidad. No estaba orgulloso por lo que había hecho, pero tampoco lo agobiaba la culpa. Su principal preocupación era ser descubierto por la policía, pero se tranquilizaba imaginando una hipotética apelación a la “justicia por mano propia”.

Pero ahora todo se había ido al carajo. Guzmán lo había descubierto y lo estaba extorsionando. Él no quería volver a matar, no era un sicario. Por venganza

había matado al hombre que le arruinó la vida, pero a ese Zhao Fu Chin no lo conocía. ¿Por qué asesinarlo? ¿Por los dólares? ¡No! ¿Por miedo?... ¡Sí! Tenía miedo. Lo aterraba la idea de caer en manos de la mafia china y ser torturado hasta morir.

- No tengo opción –dijo finalmente Akos, y agregó:- Pero no creo que pueda hacerlo.

- ¿Por qué no? –preguntó el Dr. Guzmán, con falsa cordialidad.

- Porque es trabajo para un asesino profesional. Alguien capaz de burlar a los custodios chinos.

- No te preocupes. Esa parte corre por mi cuenta. Vos solo tenés que apuntar y apretar el gatillo. Le dispararás desde lejos. Cuanto más lejos mejor. Pero depende de la puntería que demuestres en las pruebas -dijo el abogado:

- ¿Qué pruebas? –preguntó el salteño.

- Pruebas, ensayos, entrenamiento, simulacro o como quieras llamar al trabajo que tenemos que hacer desde hoy hasta el día “D”.

- ¿Cuándo será el día “D”?

- Cuando estemos listos. Mientras tanto seguí con tu vida normal.

- Voy a necesitar pasaportes falsos- dijo Akos.

- ¿Pasaportes falsos? –exclamó Guzmán divertido. - Parece que viste muchas películas de James Bond.

- Pero...

- Escuchame, pibe - lo interrumpió el abogado: -Por nuestra Triple Frontera podés entrar y salir como quieras. ¡Hasta sin DNI!

Durante un par de horas, mientras comían una pizza con cerveza encargada a un delivery cercano, Guzmán le explicó detalles de la “operación Carlitos”.

- ¿Por qué Carlitos?

- Si preferís le ponemos Junior.

- No...es que...

- Pará y escuchame. Lo que yo tengo por delante no es nada fácil. No es sólo buscar a Zhao para que vos aprietes el gatillo. Para tener éxito, no basta con diseñar un plan aparentemente perfecto, sino que se necesita laburar mucho. Hay que hacer seguimientos, estudiar sus costumbres, patrones de conducta, relaciones habituales, estacionamientos que usa y recorridos que repite. También, coimear a los que nos pueden dar datos precisos y conseguir armas con las que nunca puedan identificarnos. Además, una vez elegido el lugar tenemos que pensar en nuestra apariencia, seleccionar ropa, y autos de apoyo, para que ningún eventual testigo pueda identificarnos. De todo eso me voy a ocupar yo y mi gente. Vos seguí yendo a Tiro al Seguro y practicá. Cuanto tengamos el arma definitiva te voy a llevar a un campo en el culo del mundo para que te amigues con el “fierro” y lo calibres a tu gusto.

Un par de meses después, la cancha de Mataderos se transformó en el inusual escenario de un acto de política internacional. En el marco del reciente convenio entre los gobiernos de Argentina y China, este último país donó al Municipio de Morón, un helicóptero equipado con una unidad de terapia intensiva a bordo. La ceremonia de entrega del aparato contaría con la presencia de la Presidente, el Gobernador de la provincia, el Agregado Cultural del país asiático y el Intendente local. Mientras éste último esperaba en el predio del club de rugby, las restantes autoridades llegarían en sendos helicópteros. La primera en aterrizar sería la roja aeronave

sanitaria, luego lo haría la unidad naranja de la gobernación y, finalmente, el blanco helicóptero presidencial. Una multitud, integrada por más militantes que vecinos, colmaba las instalaciones y las calles vecinas. Cuando los tres aparatos comenzaron a sobrevolar el predio, la banda militar inició la ejecución de la marcha de San Lorenzo. Con majestuosa elegancia, el helicóptero rojo inició el descenso. Ya estaba por posarse sobre el césped del campo de juego cuando –con una terrible explosión- se desintegró en el aire. Inmediatamente, los rápidos reflejos de los pilotos oficiales alejaron a la Presidente y al Gobernador de la escena del terrible accidente, en el que acababan de perder la vida un piloto chino y el Agregado Cultural: Zhao Fu Chin.

CAPÍTULO (XV): ¿ACCIDENTE O ATENTADO?

“Desgracia con suerte” fue la frase más utilizada por los medios de comunicación para referirse al accidente que –en Morón- sufrió el flamante helicóptero sanitario. En efecto, dada la dramática proximidad de las aeronaves de la presidencia y de la gobernación, la explosión pudo haber tenido consecuencias catastróficas.

Sin embargo, para las autoridades chinas no había sido un accidente sino un atentado. Sus investigadores detectaron un orificio de bala en el tanque de combustible y exigían el pronto esclarecimiento.

Mientras esta discusión sobre el manejo de la información quedaba circunscripta a los burocráticos canales diplomáticos, la investigación policial se empantanaba por el enfrentamiento entre las policías federal y bonaerense, que por celos o intereses espurios, se obstaculizaban mutuamente, entorpeciendo la búsqueda de la verdad.

Pese a que el atentado había acaecido en su jurisdicción, la comisario Aberanda fue marginada de la investigación. La connotación internacional del caso había sido la excusa que justificó la exclusiva intervención de funcionarios incondicionales al gobierno de turno. Sin embargo, por vocación e instinto profesional, Anahí no podía dejar de pensar en el tema. Su experiencia le indicaba que el análisis no debía circunscribirse al helicóptero sanitario sino que también debía incluir a las otras dos aeronaves. Más aún, la donación y aquel acto público solo eran la punta del iceberg que representaba el cuestionado pacto Argentino-Chino, cuyo eje central era el establecimiento de una base militar en la Patagonia, rechazada y denunciada por militares y políticos nacionalistas. En consecuencia, para Aberanda, la investigación debía comenzar por la pista política.

Por su parte, a espaldas de las investigaciones oficiales, la mafia china también buscaba al responsable de la muerte de su líder Zhao Fu Chin, quien –bajo la fachada de agregado cultural- viajaba en el helicóptero siniestrado. Para no mostrar un vacío de poder, los lugartenientes de “Fu Chin”, necesitaban concretar un rápido escarmiento, y el Dr. Guzmán fue el chivo expiatorio. Tiempo atrás, uno de sus sicarios –Juan Gaffi- había eliminado a

varios miembros de la tríada y – en venganza- pistoleros chinos lo habían asesinado en la propia casa de Guzmán. Por lo tanto, aunque no tenían pruebas, era lógico suponer que el atentado contra el helicóptero era una “vendetta” del peligroso abogado.

Pocas semanas después, el Dr. Guzmán regresó a Parque Leloir para controlar las obras de reparación de su chalet, severamente dañado por el tiroteo en el que murió su querido Juany. Una hora después, decidió abandonar la obra para ir a almorzar a un restaurant cercano. Subió a su camioneta negra con vidrios polarizados y encendió el contacto. En ese mismo instante una tremenda explosión sacudió la tranquilidad del barrio. Dado el poder de los explosivos utilizados, la onda expansiva que desintegró al auto y a su único ocupante, también afectó a numerosas casa vecinas y arrasó sus jardines.

Alertados por una llamada al 911, dos patrulleros de la bonaerense se hicieron presentes en el lugar. En uno de ellos llegó la comisario Aberanda, acompañada por su asistente Rossini y otros dos peritos policiales. Un par de meses atrás, en ese mismo lugar, ella había sido testigo de un sangriento tiroteo entre bandas rivales que terminó con cinco pistoleros muertos. Ahora tenía que investigar aquella terrible explosión. Por suerte, dado que el miedo había mantenido alejados a los posibles curiosos, la escena del crimen no estaba contaminada.

Las imágenes eran espeluznantes. La camioneta de Guzmán se había desintegrado y sus partes estaban esparcidas en decenas de metros a la redonda.

- ¡Seguro fueron los narcos! -aventuró Rossini.
- ¿Tiene algún fundamento esa conclusión? - ironizó la comisario.
- Guzmán tenía cuentas pendientes con la mafia china y...
- ¡Pare Rossini! –lo interrumpió Aberanda, y agregó: – El Dr.

Guzmán tenía cuentas pendientes con media Humanidad. Mejor, cierre el pico y póngase a trabajar. Quiero que usted y los peritos busquen restos humanos para cotejar con el ADN del abogado. Además, por el tamaño del cráter, parecería que usaron un explosivo plástico, tipo C4. Así que busquen evidencias que lo confirmen o no.

Aquella noche, Anahí llegó agotada a su casa. Mientras preparaba la ducha, encendió la computadora y encontró el siguiente email de Domecq:

De: Jorge Osvaldo Domecq
Para: Anahí Aberanda
Asunto: NOBLEZA OBLIGA

Estimada Anahí:

Le escribo para reconocer un error.

En la nota publicada por “Castelar Digital”, yo puse en duda que Juan

Gaffi –con su mano inutilizada- pudiera haber sido el francotirador que mató a Yan Hui Lee. Sin embargo, en base a hechos posteriores, ahora creo que Gaffi participó en aquel asesinato, aunque ayudado por otro sicario. Es decir que no hubo un Justiciero de Morón, sino dos, más un autor intelectual.

Mi conclusión es la siguiente:

→ Todo empezó cuando Gaffi mató a un comerciante protegido por “Fu Chin”.

→ En represalia, mafiosos chinos balearon a Gaffi en Liniers.

→ Luego, Yan Hui Lee intentó rematar a Gaffi en el hospital Santojanni

→ Posteriormente, frente a los Tribunales de Morón, Yan Hui Lee es asesinado, por un comando organizado por el Dr. Guzmán, y en el que participan Gaffi y un francotirador.

→ Más tarde, la “vendetta” de “Fu Chin”, termina con las vidas de Gaffi y el francotirador, quienes mueren en el tiroteo de Parque Leloir.

→ Finalmente, la triada “Fu Chin”, mata a Guzmán mediante una bomba colocada en su camioneta.

Bueno Anahí, hasta aquí mis conclusiones.

Sin apuro, me gustaría conocer su opinión al respecto.

Cariños

Jorge Osvaldo Domecq

CAPÍTULO (XVI): CASTELAR DIGITAL

Con motivo de la publicación de la novela Los crímenes de Castelar, su autor -Jorge Osvaldo Domecq- fue entrevistado por “Castelar Digital”.

- ¿Dónde nació?

- Nací en Liniers, y viví allí durante casi setenta años.

- ¿Cómo era el barrio de su infancia?

- En la década del '50, las “Mil Casitas”, casi iguales entre sí, estaban dispuestas sobre angostos pasajes, donde los pocos autos que circulaban por allí compartían el espacio con los carros de lecheros y verduleros. Los chicos jugábamos en la calle, sin riesgos, y la pelota de goma era nuestro principal atractivo. En los jardines predominaban los malvones, las madreselvas y las glicinas que perfumaban el atardecer. A esa hora, en una tregua entre el regreso del trabajo y el momento de la cena familiar, los mayores sacaban las sillas a la vereda, para tomar fresco y conversar con los vecinos. Sobre la avenida Rivadavia, custodiada por la garita policial, estaba la parada del tranvía, ese rústico, ruidoso pero económico medio de transporte que conectaba al barrio con el centro de la ciudad.

- ¿Cómo definiría su escritura?

- Soy un lector que escribe -comenzó Domecq. -Cuando me jubilé y dejé el periodismo, pude dedicar más tiempo a la lectura. Pasaba los días leyendo, especialmente textos de Rodolfo Walsh, Osvaldo Soriano y Tomás

Eloy Martínez, esos grandes escritores que reconocían al periodismo escrito como un género literario. Cierta noche, en esa zona ambigua entre el sueño y la vigilia, sentí que había llegado el momento de intentar el salto a la literatura desde el trampolín del periodismo. En aquel momento yo estaba investigando a “Zocas” -el asesino serial de Castelar- y disponía de los elementos para encarar una “ficción periodística” o una “novela testimonio”. Es decir, entretener realidad y ficción. Relatar experiencias que excedían los límites de mi propia vida, pero cuyas raíces estaban en la realidad –concluyó el entrevistado.

- ¿Qué siente al escribir?

- Escribir me genera sorpresa, ansiedad y placer. Sorpresa por la imprevista irrupción de imágenes mentales con escenas que me piden ser contadas. Ansiedad por encontrar la forma de plasmar adecuadamente esas imágenes en palabras. Finalmente, el placer de poder compartir una historia que sólo existió en mi imaginación.

- ¿Por qué eligió el género policial?

- De joven tuve la suerte de toparme con Los crímenes de la calle Morque y otros textos de Edgar Allan Poe. Desde entonces quedé atrapado por este género, que es como un juego de inteligencia, con un enigma o misterio que debe ser resuelto. Después de Poe caí en las garras de Conan Doyle y su intelectual Sherlock Holmes. Más tarde descubrí al rudo Philip Marlowe creado por Raymond Chandler. También me enriquecieron escritores más cercanos, como Filisberto Hernández, Quiroga, Onetti, Borges, Bioy Casares, Denevi, Osvaldo Soriano, Rodolfo Walsh y Piglia, entre otros. Como escritor, disfruto proponiendo pistas falsas, que aporten el suspenso y la tensión propios del género y, supuestamente, mantengan el interés del lector.

- ¿Es cierto que atentaron contra su vida?

- Sí, más de una vez.

- ¿Cómo fue?

- Primero quemaron mi auto, luego atentaron contra la editorial donde presentaba mi novela, más tarde incendiaron mi casa y, finalmente, balearon otro domicilio en el que yo me había refugiado.

¿Esos atentados estuvieron relacionados con su novela Los crímenes de Castelar?

- Así es. Aquellos crímenes habían sido cometidos por Joaquín Olites y Ema Sanger. Después que el primero murió y la segunda fue encarcelada, el caso se cerró. Sin embargo, el autor intelectual -el que había manipulado sus mentes hasta convertirlos en asesinos- seguía libre. Cuando yo lo denuncié en mi libro, Gonzalo Gómez Ríoja –ese era el verdadero nombre de “Zocas”- contrató un sicario para que me matara. Hoy ambos ya están muertos.

- ¿Le preocupa que sus textos sobre el Justiciero de Morón puedan generar una reacción como la de “Zocas”?

- Por lo que tengo entendido, el apodo “justiciero” era la fachada que escondía a varios sicarios. Pero todos murieron en enfrentamientos con otros pistoleros. Así que ya puedo dormir tranquilo.

Una vez publicada en “Castelar Digital”, esta nota tuvo numerosos lectores. Los primeros en felicitar a Domecq fueron sus amigos Bustos y Caron, ya definitivamente instalados en la bucólica Trevelin.

La entrevista también fue leída por el ajedrecista Akos Pampa

Tákács, el verdadero Justiciero que había asesinado a Yan Hui Lee y luego derribó el helicóptero donde viajaba Zhao Fu Chin.

CAPÍTULO (XVII): MALDITO AJEDREZ

Huyendo de la invasión soviética, Zsa Zsa Tákács y su hijo László –niño prodigio del ajedrez húngaro –abandonaron Budapest y se radicaron en una finca tabacalera en el remoto norte argentino. Allí, László no tuvo acceso a una educación formal y se entretenía jugando al ajedrez contra sí mismo. Siendo aún adolescente, comenzó a convivir con una muchacha criolla. Al tiempo de estar juntos, tuvieron un hijo al que bautizaron Akos Pampa.

El pequeño Akos resultó ser un buen ajedrecista y, con el tiempo, ganó algunos torneos infantiles salteños. Pero el placer de jugar se esfumaba bajo la asfixiante presión de su padre, obsesionado con la ilusión de que su hijo repitiera el éxito que él – a esa edad- había tenido en Hungría. László descreía de la educación convencional y quería que el ajedrez fuera lo primero y principal en la vida de su hijo. Si bien es cierto que este juego resulta beneficioso para los niños, enseñándoles el valor de la disciplina, la constancia y el respeto hacia los demás, en el caso de Akos se transformaba en una verdadera tortura. La presión paterna, que no admitía derrotas en los estresantes torneos, erosionó la personalidad del niño. Sus dificultades para socializar fueron en aumento y lo acercaron peligrosamente al autismo.

Dos décadas después, ya liberado de la tutela paterna, Akos se radicó en Castelar y –en el club Philidor- comenzó a recuperar el placer de jugar al ajedrez. Todo iba viento en popa, hasta que se topó con Domecq, un setentón que se escondía tras los gruesos cristales de unos pesados anteojos. La primera partida la ganó Domecq, recurriendo a una vieja apertura del siglo XIX. La segunda fue tablas, a pesar de que Akos utilizó una flamante innovación táctica del actual campeón del mundo. El joven salteño estaba despistado por este indescifrable rival, que parecía conocer el ajedrez de todas las épocas. Pasaban los días y Akos no podía pensar en otra cosa que ganarle a este complicado adversario. Su obsesión lo llevó a presionarlo, con incontables SMS, solicitando una tercera partida. Cuando ya comenzaba a enloquecer de furia, Domecq aceptó el nuevo desafío.

Aquella noche, vestido íntegramente de negro, rengueando y ayudado por su rústico bastón, Akos ingresó al Club Philidor y comenzó su compulsivo ritual. Primero, evaluó las mesas disponibles y eligió una que hasta ahora no había utilizado. Luego, optó por una silla que producía un molesto chirrido. A continuación, eligió el reloj más ruidoso. Tras seleccionar un tablero bastante gastado, colocó todas las piezas con una premeditada asimetría, con la esperanza de incomodar a su rival. Finalmente, más ansioso que nunca, se sentó a esperar.

Cuanto llegó, Domecq estrechó la mano del joven salteño, se sentó y realizó la primera movida.

1. e4 Repitiendo el inicio de la partida que le ganara al mismo rival.
- 1..., c5 Intentando una defensa Siciliana variante del Dragón, el joven mueve, activa el reloj y quiebra el respetuoso silencio: - Leí en “Castelar Digital” que atentaron contra su vida.
2. Cf3 - Sí –fue la lacónica respuesta de Domecq, mientras pensaba su próxima movida.
- 2..., d6 - ¿Es cierto que los atentados tuvieron que ver con su novela?
3. d4 - Sí.
- 3..., cxd4 - ¿Cómo está tan seguro? –insistió Akos, al tiempo que con su peón golpeaba el tablero.
4. Cxd4 Domecq no respondió. Se concentró en el juego y comió con el caballo.
- 4..., Cf6 - ¿Cuál es la relación entre los atentados y su novela? –insistió el salteño.
5. Cc3 - El tipo que denuncié en mi novela murió intentando matarme – contestó de mala gana el novelista.
- 5..., g6 - ¿Usted lo mató?, repreguntó, mientras continuaba armando su defensa Dragón.
6. Ae3 - Esa respuesta estará en la segunda parte de mi novela.
- 6..., Ag7 Concentrándose en la partida, Akos estuvo tentado de mover Cg4 pero optó por mover su alfil.
7. Ae2 Domecq tardó en hacer esta movida, porque –mientras estaba evaluando el juego- su rival dejó caer estruendosamente su bastón.
- 7..., Cc6 - Disculpe. Fue sin querer
8. Dd2 - No es nada –respondió Domecq, aunque la distracción volvió a hacerle perder una enorme cantidad de tiempo.
- 8..., O-O Al enrocar, Akos vuelve a golpear sus piezas sobre el tablero.
9. O-O-O Rápidamente, el veterano hace el enroque largo, tratando de recuperar tiempo.
- 9..., Cxd4 El joven salteño come con su caballo, acciona el reloj y vuelve a interrumpir el pensamiento de su rival: - No estoy de acuerdo con lo que publicó contra el Justiciero de Morón.
10. Axd4 Domecq trata de no distraerse y recupera la pieza con su alfil.
- 10..., Ae6 Akos, mueve y retoma la conversación: -No me parece bien llamar asesino al que mata en defensa propia.
11. f3 - Cada uno es dueño de pensar lo que se le plazca –respondió con evidente mal humor.
- 11..., Da5 - Disculpe, no quise ofenderlo –mintió Akos, mientras avanzaba agresivamente con su dama.
12. a3 - Ok –respondió mecánicamente el novelista, tratando de concentrarse en la partida y frenar el ataque rival.
- 12..., Tfc8 Luego de hacer su movida y activar el reloj, Akos repreguntó: -

¿Cuál es su solución al tema de la violenta inseguridad?

13. h4 - Sólo soy un viejo jugando al ajedrez -respondió mientras contraatacaba con el peón torre.
- 13..., Tab8 -Sin embargo en "Castelar Digital" hizo afirmaciones muy duras – agregó el joven, al tiempo que preparaba sus torres para el ataque.
14. g4 Domecq prefirió no contestar. El reloj avanzaba inexorablemente y él tenía que decidir entre defender o atacar. Finalmente optó por matar o morir.
- 14..., b5 Akos lanzó su ataque, acompañado por otra sonora y deliberada caída de su bastón.
15. h5 Domecq vuelve a calcular las posibilidades de concretar el ataque con las blancas antes de que las negras lleguen hasta su rey.
- 15..., b4 Tras revisar la posición, el salteño decide seguir avanzando. Mueve un peón, acciona el ruidoso reloj y hace girar su silla, cuyo chirrido exaspera a Domecq.
16. Cb1 Mascullando de bronca, el veterano retrocede su caballo.
- 16..., Da4 Avanza la dama negra.
17. hxg6 Jugando a todo o nada, Domecq ataca con su peón.
- 17..., hxg6 El joven se defiende.
18. Ad3 Dudosa jugada de las blancas, apremiadas por el tiempo.
- 18..., bxa3 Las piezas negras continúan su ataque.
19. Cxa3 El caballo blanco come un peón rival.
- 19..., Dxd4 Akos captura un alfil y comienza a paladear el triunfo.
20. c3 Como gato entre la leña, un peoncito blanco hace retroceder a la poderosa reina negra.
- 20..., Da4
21. Dh2 Sin tiempo para pensar, Domecq intenta un ataque desesperado.
- 21..., Txc3+ Como un "Kamikaze" la torre negra se sacrifica contra las defensas enemigas.
22. bxc3
- 22..., Dxa3+ Por la defensa abierta, la dama negra da jaque.
23. Rd2 Única movida posible para el rey blanco.
- 23..., Tb2+ Nuevo jaque, ahora con la otra torre.
24. Ac2 Domecq se defiende.
- 24..., Cxe4+ Otro jaque, ahora con el caballo.
25. fxe4 Ya es hora de abandonar, pero el veterano sigue peleando.
- 25..., Dxc3+ Nuevo jaque de Akos, con su dama.
26. Rc1 El rey de Domecq sigue huyendo.
- 26..., Tb1+ Jaque con la torre.
- 0-1 Finalmente, ante el mate inminente, las blancas se rinden.

Como en una cancha de fútbol, Akos se para, salta y canta festejando el triunfo, mientras -puteando bajito- Domecq se retira del Club Philidor.

CAPÍTULO (XVIII): NUEVA PISTA

Domecq despertó empapado en sudor. Había padecido una desconcertante pesadilla, en la que Akos –con su rústico bastón- lo golpeaba cada vez que intentaba tocar una pieza de ajedrez. No se consideraba un mal perdedor. Aceptaba las derrotas como una posibilidad existente en cualquier partida. Sin embargo, estaba furioso con el juego sucio. Ese pendejo lo había estado molestando deliberadamente, hasta desconcentrarlo y hacerle cometer errores. No quería victimizarse pero se sentía estafado. No le había ganado en buena ley. Por suerte, su vida no giraba alrededor del ajedrez, así que decidió levantarse y tratar de pensar en otra cosa.

Nada mejor que comenzar el día mateando. Se dirigió a la cocina y puso a calentar el agua. Cuando estuvo a la temperatura adecuada, comenzó a volcar el agua caliente en la calabaza. El fino chorrito fue mojando la parte seca de la yerba, incorporándola de a poco, para prolongar el sabor parejo de la mateada. Luego de varios amargos, optó por darse una ducha. Finalmente, decidió salir y caminar hasta “Tarzán”, el bodegón de los bohemios nostálgicos.

Como aquella noche se jugaba el clásico entre Boca y River, en las mesas predominaban las charlas de fútbol. Por lo tanto, Domecq prefirió sentarse en una de las banquetas del mostrador y tomarse ahí su tradicional cafecito.

- ¿Está escribiendo sobre la explosión del helicóptero? –preguntó el dueño del local.

- No. Todavía no sé si fue accidente o atentado

- Tengo un dato –dijo el dueño, bajando la voz.

- ¿Confiable?

- Victorino, el cocinero, fue testigo.

- Hubo muchos testigos de la explosión, desde policías a periodistas y vecinos –respondió Domecq.

- No. Antes de la explosión él vio el disparo.

- ¿Cuál disparo? –exclamó.

- Mejor vamos a la cocina. Victorino está solo y se lo va a contar de primera mano.

A pesar de tratarse de un bodegón, la limpieza de la cocina sorprendió gratamente al ex periodista. Los techos ahumados contrastaban con los cuarteados pero aún blancos azulejos. Sartenes –negras por fuera pero relucientes por dentro –colgaban sobre una mesada repleta de cacerolas y utensilios. Ollas enormes humeaban al calor de las hornallas. Sobre una gruesa y antigua mesada de madera, el cocinero picaba verduras. Se trataba

de un veterano con cuarenta años de experiencia culinaria, delgado, de facciones agradables, sonrisa cordial y ojos negros escondidos tras pesados lentes. Tenía gorro, camisa y delantal prolijamente blancos. Como se trataba de una charla entre conocidos, el dueño fue directamente el grano y le pidió que volviera a contar lo que había visto.

Con su calma habitual, Victorino contó que aquel lunes –su día de franco –estaba en la terraza de su casa dispuesto a presenciar el show aeronáutico. Que desde dicha terraza se puede ver la cancha de Matreros y también el contra frente del edificio de departamentos que está en la esquina de Larralde y Grant. Que vio cómo desde una de las ventanas de los pisos más altos de ese edificio salía un fogonazo. Que inmediatamente explotó y cayó el helicóptero rojo. Que cuando volvió a mirar la ventana ya estaban bajando la persiana. Que está seguro de que el fogonazo provenía de un fusil. Que la persona que disparó estaba vestida de negro y con una capucha del mismo color. Que llamó al 911 y contó todo esto. Que le tomaron nota de su teléfono pero nunca lo contactaron. Que la ventana en cuestión era la tercera empezando desde arriba y era la que estaba más a la derecha del edificio. Que sin mencionar lo anterior, averiguó con el portero de ese edificio que aquella ventana correspondía al 7º K. Que ese departamento estaba vacío y ofrecido en alquiler. Que el mencionado portero viene todos los miércoles a la noche a “Tarzán” para bailar tango. Que si a Domecq le interesaba hablar con ese hombre podía presentarlos. Finalmente, dijo que tenía que finalizar la charla para seguir cocinando.

Anonadado, Domecq regresó al salón y se sentó a una mesa aislada. Necesitaba tiempo para procesar toda esa información. Además, el aroma que lo había deleitado en la cocina era irresistible. Llamó al mozo y pidió el plato del día. Era la especialidad de Victorino: pollo al ajillo.

Casi dos horas después, pipón y algo alegre por el litro de vino de la casa, Domecq llegó a una conclusión. Era miércoles de tango y el portero del edificio de Larralde y Grant vendría a bailar a “Tarzán”. Él haría lo mismo e intentaría hablarle.

Si bien lo suyo era el jazz, como cualquier porteño setentón, Domecq no le hacía asco a la milonga. A lo sumo tendría las tabas un poco oxidadas, pero no tanto como para pasar vergüenza frente a la variopinta concurrencia de aquella tanguería barrial.

El problema más serio era la ropa y –muy especialmente –los zapatos. Desde el incendio de su casa de Liniers, donde perdió todo, había ido comprando algunas prendas informales y calzado deportivo. Pero aún carecía de un saco y zapatos. Entonces recordó que su amigo Bustos, antes de radicarse en Trevelin, le había dejado un par de mocasines que ya no usaba. El primer intento fue preocupante: no pudo calzárselos. Pero la gente de su edad sabía solucionar ese problema. Con papel de diario, un taco de madera y un martillo comenzó a golpear el interior de los mocasines, para estirar el cuero. Si bien le llevó más tiempo que el imaginado, lo fue forzando, más y más, hasta

lograrlo. A continuación, comenzó a buscar medias negras, pero lo más livianas posibles para no complicar de nuevo el problema del calzado. Por suerte, se trataba de una simple milonga vecinal y los concurrentes solían ser bastante informales con su vestimenta. En consecuencia, su carencia de saco podría pasar desapercibida. Luego, eligió la camisa blanca de manga larga que le pareció adecuada para cualquier ocasión. El tema pantalones le trajo otra complicación. No quería ir de jean, pero el único pantalón de vestir -también cedido por Bustos- apenas le cerraba en la cintura. Como no había opciones, optó por utilizar un cinturón bien ancho, que disimulara el inconveniente. Eso sí, debería rezar para que la presión de la panza no le bajara el cierre de la bragueta.

CAPÍTULO (XIX): MILONGA EN TARZÁN

Aquella noche, como todos los miércoles, “Tarzán” había cambiado su fisonomía diurna. Las luces eran otras, la música era puro tango y la gente -en vez de comer- bailaba. Cuando entró Domecq, una veintena de parejas ya giraban al ritmo del dos por cuatro. Tras averiguar que el portero de la calle Grant aún no había llegado, optó por sentarse a escuchar y mirar. Fue entonces cuando “Milonguita” -la profesora de tango- descubrió que se trataba de un novato y -por cortesía- lo sacó a bailar. La primera reacción de Domecq fue pensar en sus incómodos mocasines, pero en cuanto abrazó la cintura de la joven, el veterano se dejó llevar por la cadencia de aquellas sensuales caderas, expertas en cortes y quebradas. Tres minutos después, al terminar aquel tangazo, ella volvió con sus alumnos y él se acodó en el mostrador.

Entusiasmado, Domecq seguía mirando firuletes cuando un minón de película ingresó a “Tarzán”. Era una morocha de sinuosas curvas y piernas perfectas, enfundada en un ajustado vestido negro, sin mangas y con un escote profundo. Calzaba estilizados zapatos de baile, cuyos tacos eran más altos que lo acostumbrado. Llevaba el cabello recogido y achatado -como con gel- sostenido por un prolijo rodete. Pero lo más impactante era su mirada. Gracias a un perfecto maquillaje, las pestañas renegridas resaltaban aquellos ojos color miel. Si bien Domecq no frecuentaba ese ambiente, tuvo la sensación de que aquella belleza le resultaba conocida. De pronto, descubrió el pequeño tatuaje sobre el hombro izquierdo y gritó para sus adentros: ¡Anahí!

Una vez que se tranquilizó, el novelista se acercó a la morocha y la saludó. La joven comisario Aberanda se sorprendió, pero lo reconoció en el acto. Con la informalidad propia del lugar, mientras conversaban sobre tangos y milongas, él la invitó a tomar un trago en la barra. Si bien era correntina y chamamecera, Anahí reconoció que amaba el tango y disfrutaba de aquellas veladas en “Tarzán”. Fue entonces que Domecq la invitó a bailar. La pequeña

orquesta en vivo tocaba “Por una cabeza”. Él le ofreció su mano izquierda y Anahí apoyó la suya. Domecq le abrazó la cintura y ella se dejó atraer. Él comenzó a guiarla y ella lo acompañó. Ambos disfrutaron aquella danza sensual, y –por unos minutos- compartieron un placer que excedía la relación existente entre ellos. En aquellas veladas tangueras, con la proximidad de los cuerpos y la magia de la música, muchas veces nacían amores. Pero no en este caso. Cuando la orquesta dejó de tocar, mientras se alejaba suavemente, Aberanda mencionó que había pensado en él. Pero por razones de trabajo. Domecq le respondió que era una sincronicidad, porque él había venido a “Tarzán” siguiendo una pista, que quería compartir con ella. Viendo una mesa que acaba de quedar libre, la pareja tomó asiento.

A riesgo de que ella volviera a considerarlo un fabulador, el novelista repitió el relato del cocinero. Finalmente, agregó que el portero del misterioso edificio de la calle Grant podía estar por llegar a la milonga. Pero Aberanda prefirió escuchar la versión original, de boca del propio Victorino. El cocinero, que a esa hora de la noche ya estaba terminando de acomodar los cacharros, no tuvo inconvenientes en repetir su historia y responder a las preguntas de la comisario. En ese momento, ingresó a la cocina el dueño de “Tarzán” acompañado por Raúl, el portero en cuestión. Entonces, Aberanda explicó la situación al recién llegado y le preguntó si el edificio tenía cámaras de seguridad. Raúl respondió afirmativamente, pero aclaró que él no tenía acceso, ya que estaban bajo la responsabilidad del administrador del consorcio. Tras agradecer a todos, la comisario volvió a su mesa y le envió un SMS al fiscal del caso, anticipándole la solicitud de una orden judicial, para acceder a los videos de aquellas cámaras de seguridad.

Cuando Domecq la invitó a bailar otro tango, Anahí respondió que prefería volver a su casa para procesar esta nueva información sobre la explosión del helicóptero. El novelista –pensó que estaba ante una obsesiva laboral- pero igual se ofreció a acompañarla, compartiendo un taxi, pero ella lo rechazó con una leve sonrisa.

Anahí entró a su departamento y, sin agacharse, se liberó de los zapatos de baile. El frío de los cerámicos contra la planta de sus pies le pareció la sensación más gratificante de aquella noche de tango y milonga. Tenía hambre, había tomado unas copas pero con el estómago vacío. Se dirigió a la cocina y abrió la heladera. Una luz fría iluminó los estantes desabastecidos. Lo único comestible era un paquete de salchichas. Las puso a calentar en un jarro con agua y aprovechó para darse una ducha rápida. Cuando salió del baño, las salchichas estaban listas y las llevó a la mesa. Abrió una botella de cerveza y encendió la notebook. Por suerte, el legajo que buscaba estaba digitalizado y pudo acceder a los informes periciales. Un buen rato después, cuando ya le costaba mantener los ojos abiertos, detectó una frase ambigua que podía esconder una información relevante. El helicóptero sanitario, donado por China, y que explotara sobre la cancha de Mataderos, “presentaba en su tanque de combustible un orificio compatible con un disparo de bala calibre 7,62”. – ¡Por

eso me marginaron de la investigación! -exclamó la comisario, y agregó: - Están encubriendo un atentado.

CAPÍTULO (XX): CÁMARA DE SEGURIDAD

Para evitar que se vulneren derechos fundamentales -como los de la intimidad y la dignidad de la persona- las imágenes captadas por cámaras de video vigilancia deben ser solicitadas mediante una orden judicial. En consecuencia, tras anticiparle el tema mediante un SMS, la comisario Aberanda le efectuó el pedido formal al Fiscal Gualterio Curinao.

Una vez que tuvo el oficio judicial, acompañada por su asistente, Anahí se presentó en el edificio de Grant y Larralde para revisar las grabaciones correspondientes al día en que explotó el helicóptero. Durante largas y tediosas horas, el portero estuvo identificando a las personas que ingresaban o salían y no eran ni propietarios o inquilinos. Finalmente, les llamó la atención el ingreso de un desconocido portando un estuche de violín y caminando ayudado por un bastón. Dado que llevaba una gorra, calzada hasta las orejas, no se podía distinguir su cara. El sujeto abrió la puerta del edificio con su propia llave, llamó al ascensor y subió hasta el 7º piso. Como solo había cámaras en el hall de entrada no podía saberse a cuál departamento había ingresado. Pero lo más importante era que había estado un par de horas en el edificio y se había retirado apenas minutos después del accidente. El portero aclaró que nunca antes había visto a ese anciano o lisiado. Por su parte, Rossini -siempre tan suelto de lengua- arriesgó que el estuche de violín ocultaba un arma larga, como en las películas. Lo único cierto era que en el piso séptimo estaba la sospechosa ventana denunciada por el cocinero de “Tarzán”.

Con la copia del video en su poder, los policías regresaron a la departamental de Morón, donde la comisario le pidió a sus técnicos que ampliaran aquellas imágenes y mejoraran la definición. Pese a los esfuerzos de los profesionales, los resultados no aportaron precisiones. Imposible identificar a aquel desconocido que había estado siempre mirando hacia abajo y cubierto por una gorra. Si bien Rossini desconfiaba del estuche de violín y del supuesto bastón, en realidad lo único sospechoso era su acceso al séptimo piso justo en el horario del atentado. Pero, tal vez, sólo se tratara de un músico que realmente caminaba ayudado por un bastón. Lamentablemente, aquella pista no parecía aportar demasiado.

Esa tarde, Anahí recibió un SMS de Jorge Domecq: - ¿Algo interesante en los videos? -preguntaba. – Sólo un violinista con bastón – respondió ella.

En el momento de enviar ese mensaje, la comisario tuvo un “déjà vu”. – ¿Acaso no habían detectado a un sospechoso con violín y bastón cerca de la escena del crimen donde el Justiciero de Morón asesino a *Yan Hui Lee*?

Un par de días después, Domecq concurrió al club Philidor para presenciar un torneo. No se había inscripto porque Akos ya lo había hecho, y el novelista no quería enfrentarse nuevamente con ese pendejo maleducado. Luego de darle un vistazo a las distintas partidas y saludar a algunos

competidores conocidos, Domecq escuchó el ruido inconfundible del bastón de Akos golpeando contra el suelo.

- Lo está haciendo de nuevo. Le gusta molestar con ese bastón que –casualmente- se parece al del encapuchado de la calle Grant –pensó.

Entonces, se acercó a aquella mesa y se puso frente al salteño, intentando ser visto. En ese momento el joven estaba ensimismado en un complicado análisis. De pura mala leche, Jorge Domecq lo interrumpió con un saludo. Akos lo miró con sorpresa y bronca, y le hizo un gesto con la mano. Varios minutos después, el novelista volvió a interrumpirlo: -¿Usted toca el violín? –preguntó. – ¡Nooo! –respondió el jugador, enojado, mientras se llevaba un dedo a los labios, pidiendo silencio.

Disfrutando de su maldad, Domecq se arrimó al mostrador y pidió un cortado.

Al rato, furioso por haber perdido su partida, Akos se le acercó.

- ¿Qué le pasa viejo? ¿Demasiada ginebra o es el Alzheimer?

- No entiendo –respondió Jorge, haciéndose el boludo.

- ¿Desde cuándo distrae a los jugadores?

- Disculpe. Pensé que no le molestaba. El otro día me conversó durante toda la partida.

El salteño acusó el impacto pero no respondió, simplemente pidió una cerveza helada.

- ¿Entonces no toca el violín?- insistió Domecq.

- ¡No! ¿Por qué?

- Me pareció verlo en Arias y Santa Rosa –mintió el novelista.

- Tal vez iba a “Tiro al Segno”.

- ¿Con un estuche de violín?

- No es un estuche de violín. Era mi carabina.

- ¿Así que practica tiro?

- Sí. Desde chico.

- ¿Y tiene buena puntería?

- Bastante.

- ¿A qué distancia está el blanco?

- Cincuenta metros.

- ¿Nada más?

- ¿Le parece cerca? –preguntó el salteño.

- Es que para una novela necesito un personaje que haga blanco a más de 250 metros-respondió el escritor.

- Entonces debería ser un francotirador de elite. Militar o de las fuerzas especiales de seguridad.

- Gracias por el dato –respondió el novelista, al tiempo que se retiraba y dejaba a Akos pensando sobre la extraña conversación que acababan de tener. -¿Sospechará algo?-se preguntó el doble asesino. – Por las dudas voy a eliminar las evidencias que tengo en casa –concluyó.

CAPÍTULO (XXI): ESTACIÓN CASTELAR

Aquella tarde, parado en la vereda del bar “Tarzán”, Domecq observaba la demolición de la histórica estación Castelar que -casi 100 años después de ser inaugurada con bombos y platillos- caía bajo los picos y palas del supuesto progreso.

Los burócratas no respetaron ni el mural de Florencia Delucchi –se lamentó el novelista. Tampoco conservaron los techos con molduras de hierro, ni los carteles enlozados con la leyenda “Entrada Boletería”. Para mejorar lo viejo no hacía falta destruirlo. Redujeron a escombros la historia de Castelar sin consultar a los vecinos -siguió mascullando.

Mientras tanto, cojeando y ayudado por su bastón, Akos bajaba del tren y comenzaba a sortear los escombros esparcidos por el suelo. Al llegar a la calle Los Incas se sobresaltó al ver acercarse un patrullero. El vehículo paró justo delante de él, se abrió la puerta trasera y bajó una mujer policía. Sin mirarlo, la oficial cruzó la calle, saludó a Domecq y –juntos- ingresaron a “Tarzán”.

La inesperada escena confirmaba los temores del joven salteño: Domecq sospechaba de él y ahora estaba denunciándolo.

Inmediatamente, subió a un taxi y se dirigió a su casa. Al llegar, ya había tomado una decisión: esa misma noche mataría al maldito soplón.

Una vez en el interior del bar, la comisario eligió una mesa junto a la ventana y ambos tomaron asiento.

- Seré breve –dijo Domecq, y continuó: - Usted mencionó que en las grabaciones de las cámaras de seguridad del edificio de la calle Grant detectaron un sospechoso con violín y bastón.

- Así es –dijo ella, lacónicamente.

- Bueno, yo descubrí a un rengo que camina apoyándose en un bastón y lleva un estuche, que parece de violín pero esconde un arma larga.

- ¿Está seguro? ¿Quién es él? –preguntó la comisario, súbitamente interesada en lo que decía el novelista.

- Es un socio de “Tiro al Seguro”.

- ¿Puede describirlo?

- Se llama Akos y es dueño de un taller de informática en la calle Arias. Tiene unos 30 años y nació en Salta. Es de mediana estatura y macizo. De tez clara y cabello castaño oscuro. Tiene una mirada extraña. Viste de negro. Juega al ajedrez en Philidor. Es mal perdedor, un resentido con carácter jodido. Renguea porque en un asalto recibió un balazo en la rodilla.

- Voy a necesitar que mañana temprano venga a mi despacho a ver los videos de vigilancia e intentar un reconocimiento.

- Ok. A primera hora iré.

Sin más, la comisario Aberanda se retiró del bar, subió al patrullero que la esperaba y partió.

Ya había caído el sol y el aroma que venía de la cocina era tentador. Domecq pidió el plato del día con vino de la casa y se dispuso a cenar. Cuando salió de “Tarzán” ya era noche cerrada. A pesar de la inseguridad reinante, decidió caminar las diez cuadras que lo separaban de su casa. Al llegar a Italia y Larralde, comenzó a buscar en sus bolsillos la llave del portón de rejas. No imaginaba que estaba en la mira de la carabina de Akos. De pronto dos estridentes sonidos quebraron el silencio de la noche: un enérgico silbato se antepuso al disparo de un arma de fuego. Mientras Domecq

se desplomaba por el impacto y un vigilador privado corría en su ayuda, Akos desaparecía de la escena. El oportuno silbato del agente de seguridad había alertado al novelista, quien –milagrosamente – al intentar darse vuelta, posibilitó que su hombro se interpusiera en la trayectoria de la bala destinada a su pecho. En pocos segundos aparecieron vecinos solidarios que le proporcionaron los primeros auxilios y llamaron a la ambulancia. Ya a salvo en la guardia del Hospital, Domecq envió un SMS a Aberanda: - Me balearon. Estoy en el Posadas.

Al salir de “Tarzán”, la comisario le pidió al chofer del patrullero que la llevara directamente hasta su casa. En el trayecto la invadieron nuevamente las dudas sobre la confiabilidad de Domecq. Muchas veces había estado convencida de que era un fabulador, pero -también muchas veces- el novelista había descubierto pistas importantes.

Ya en su departamento, Anahí se alegró al recordar que al día siguiente se reencontraría con sus hijos, de los que estaba alejada por decisión de un juez misógino. Pero estos gratos pensamientos fueron interrumpidos por el MSM de Domecq: - Me balearon. Estoy en el Posadas.

De inmediato, Aberanda se comunicó con la comisaría y ordenó que un patrullero con varios agentes fuera hasta la casa de Akos y lo detuviera preventivamente. Por su parte, ella pasaría por el hospital para mostrarle a Domecq las imágenes de las cámaras de seguridad del edificio de la calle Grant.

El instinto policíaco de Anahí dio sus frutos. Pese a estar bajo los efectos de fuertes calmantes, el novelista se animó a confirmar que Akos y el encapuchado -filmado el día del atentado al helicóptero sanitario- eran la misma persona. De inmediato, la comisario llamó a sus agentes para alertarlos de la peligrosidad del individuo que debían capturar. Lamentablemente, recibió malas noticias: cuando los policías llegaron a la casa de Arias y Santa Rosa, Akos ya había abandonado el lugar. Al enterarse de este fracaso, la comisario no reaccionó precisamente como una dama: ¡Me cago en Satanás! -exclamó furiosa.

CAPÍTULO (XXII): CACERÍA HUMANA

En cuanto se enteró de la fuga del salteño, la comisario Aberanda ordenó notificar a todos los organismos de seguridad: Akos Tákács era el francotirador que –en la cancha de Matreros- había hecho explotar un helicóptero sanitario y puesto en grave peligro a las aeronaves de la gobernación y de la presidencia. A partir de ese instante comenzó una cacería humana. El Estado movilizó a cientos de agentes para dar con el prófugo. En principio, la búsqueda –por tierra y aire- se concentró en Castelar y sus alrededores. La colaboración de la prensa fue fundamental para difundir la imagen de Akos Tákács. Los teléfonos oficiales comenzaron a saturarse de denuncias. Pero no todas eran confiables. El rengo parecía estar en varios lugares al mismo tiempo. Mientras alguien denunciaba haberlo visto en el Aeroparque Jorge Newbery, otros lo habían descubierto en la terminal de ómnibus de Retiro o en el puerto de San Fernando. Por supuesto, no faltó el que lo ubicó de regreso en su Salta natal. Además, alguien decía haberle vendido un auto para lisiados, mientras que otra persona lo habría identificado montando una moto de alta gama. La más original fue la denuncia de que Akos huía a caballo, como los hermanos **Schoklender**. Lo cierto es que durante las primeras semanas, pese a la cantidad de efectivos involucrados en aquella búsqueda a nivel nacional, el prófugo no había sido capturado.

Una vez que le dieron el alta, Domecq se retiró del hospital y continuó guardando reposo en su casa. Sin embargo, no se desvinculó del caso. Akos había intentado matarlo y su captura era algo personal.

Obsesionado, recurrió una y otra vez a sus viejos contactos periodísticos y a los espías profesionales, compañeros de su amigo Bustos. Tras varios días de infructuosos llamados, finalmente consiguió un dato. El prófugo podría haber sido visto en el mayor aguantadero del país: la tristemente famosa villa 1.11.14.

En ese precario asentamiento del Bajo Flores existe una zona liberada, controlada por una organización criminal de origen extranjero dedicada al narcotráfico. En el extenso territorio bajo su control tienen “cocinas” que producen clorhidrato de cocaína, utilizando pasta base importada de Bolivia y Perú. Los jefes de esta organización son mercenarios que militaron en las filas de “Sendero Luminoso”, con cuyas tácticas neutralizan a nuestras fuerzas de seguridad e intimidan a la población.

Ese era el lugar que el victimario había elegido para ocultarse, y allí debería ir a buscarlo su víctima.

El contacto de Domecq en aquella villa era el “Loco” Gonzalez, un zapatero dedicado a rescatar chicos de la droga. Su humilde vivienda, donde vivía desde cuarenta años atrás, mostraba varios disparos de bala en la pared y en la puerta de metal. Consultado por Domecq, el dueño de casa dijo que esos balazos eran mensajes mafiosos de bandas de narcos, molestos por su activismo contra el consumo de estupefacientes por parte de menores. En esa misma casa –mientras durara su búsqueda- se alojaría el ex periodista y ahora escritor, con su verdadero nombre y con la excusa de documentar su próxima

novela.

Aquella mañana de invierno, el viento se arremolinaba en las callejuelas de la villa. Los días habían pasado sin pena ni gloria. El salteño no daba señales de vida. Envuelto en un abrigo, con una bufanda atada al cuello, Domecq continuaba buscando a Akos. Caminaba con las manos en los bolsillos, la cabeza baja y los ojos observando todo. De pronto descubrió a un hombre vestido íntegramente de negro, avanzando ayudado por un bastón. Pese a la gorra negra calzada hasta las orejas, Domecq reconoció a Akos. Mientras el pulso del novelista se aceleraba, comenzó la persecución. Pero estaba desarmado y no llevaba teléfono celular. Todo dependía de la fortuita aparición de algún policía o gendarme a quien poder señalarle el prófugo. El salteño estaba alerta y en cuanto identificó a Domecq intentó despistarlo. Se trataba de una cacería de final impredecible. El perseguido era joven y –a pesar de su renguera- se movía con rapidez. El perseguidor era un hombre mayor, no acostumbrado al ejercicio ni a las caminatas. El primero elegía las callejitas internas y en peor estado. El segundo lo seguía y trataba de no perderlo de vista. Ninguno iba a darse por vencido. Deambulaban como un par de vagabundos, que mantenían la distancia entre ellos. Las horas pasaban, el frío, el hambre y la fatiga se acumulaban. Ya no caminaban como al principio: ambos arrastraban los pies y Domecq comenzaba a sentir el peso de los años.

Ahora, para evitar la presencia policial, el salteño ingresa al territorio de los narcotraficantes peruanos. De pronto, cuando Domecq está a punto de perderlo, Akos es interceptado por hombres armados. Al ser interrogado, les propone un trato: eliminar a su perseguidor a cambio de dinero. Los sicarios aceptan. La situación se invierte, ahora es Domecq el que huye. Sacando fuerzas de flaqueza, el viejo novelista corre hacia un laberinto de pasillos estrechos, entre miserables casillas de chapa y madera. Sin darse cuenta, se interna en la zona controlada por los narcos paraguayos. Ante la voz de alto, Domecq levanta los brazos y avisa que lo persiguen los peruanos. De inmediato, los guardias activan la alarma y de techos y azoteas aparecen mercenarios con armas de guerra. En cuanto los peruanos cruzan la imaginaria frontera, reciben una lluvia de plomo. Sorprendidos, se parapetan detrás de un auto sin ruedas y responden al ataque. El tiroteo es feroz. Las ráfagas de proyectiles astillan vidrios, perforan chapas y rebotan en las paredes. Aterrado por la andanada de balas y el tableteo de las ametralladoras, Domecq se persigna y se agacha, cubriéndose la cabeza con los brazos. Cuando vuelve el silencio, varios cuerpos yacen acribillados sobre las maltrechas calles de la villa 1.11.14. En un inmenso charco de sangre, con un balazo en la frente, está Akos Tákács, el doble asesino de Morón.

CAPÍTULO (XXIII): FINAL

“Sarna con gusto no pica” -pensó la comisario Anahí Aberanda, mientras se sacaba los zapatos. Estaba agotada, pero había disfrutado a más no poder aquel domingo con sus pequeños hijos. Primero, la colorida y empalagosa versión de “La cenicienta”, que sus críos gozaron abrazados a gigantescos baldes de pochoclo. Luego, las infaltables cajitas felices, con doble porción de papas fritas regadas con Kétchup. Todo eso matizado con anécdotas escolares y bromas sobre la nueva pareja del padre ausente.

Tras una larga ducha, recalentó unas porciones de pizza y destapó una cerveza helada. Luego, encendió la computadora y encontró un email del inefable Domecq.

*De: Jorge Osvaldo Domecq
Para: Anahí Aberanda
Asunto: REIVINDICACIÓN*

Estimada Anahí:

En un mail anterior asumí un error que -en realidad- no había cometido. Por lo tanto, ahora me permito abusar de su paciencia en un intento de reivindicar mi espíritu detectivesco.

Si bien en la nota publicada por “Castelar Digital”, yo puse en duda que Juan Gaffi pudiera haber sido el francotirador que mató a Yan Hui Lee, luego – en un mail- acepté la hipótesis de que Gaffi podría haber participado en aquel asesinato. Sin embargo, ahora tengo pruebas de que Akos Tákács fue el solitario Justiciero de Morón, que mató al sicario chino. Y lo hizo como venganza personal, ya que Yan Hui Lee lo había baleado y dejado lisiado.

Es decir que Akos Tákács -buscado por el atentado contra el helicóptero sanitario- era en realidad un doble asesino.

Con respecto al segundo crimen, sospecho que no tenía un móvil político sino que su objetivo era el chino Zhao Fu Chin, quien viajaba en la aeronave derribada.

En conclusión, mi pista del comic salteño estaba bien orientada, ya que el guión de Patricio García Patrón incluía sugerencias de Akos Tákács.

Finalmente, como este va a ser el tema de mi próxima novela, quisiera conversarlo con usted. A tal efecto, me gustaría invitarla a una cena, en la que también hablaríamos de nosotros.

Besos

Jorge

Al leer las palabras “nosotros” y “besos”, Anahí esbozó una pícaro sonrisa y pensó : - Persevera y triunfarás.

FIN TERCERA PARTE